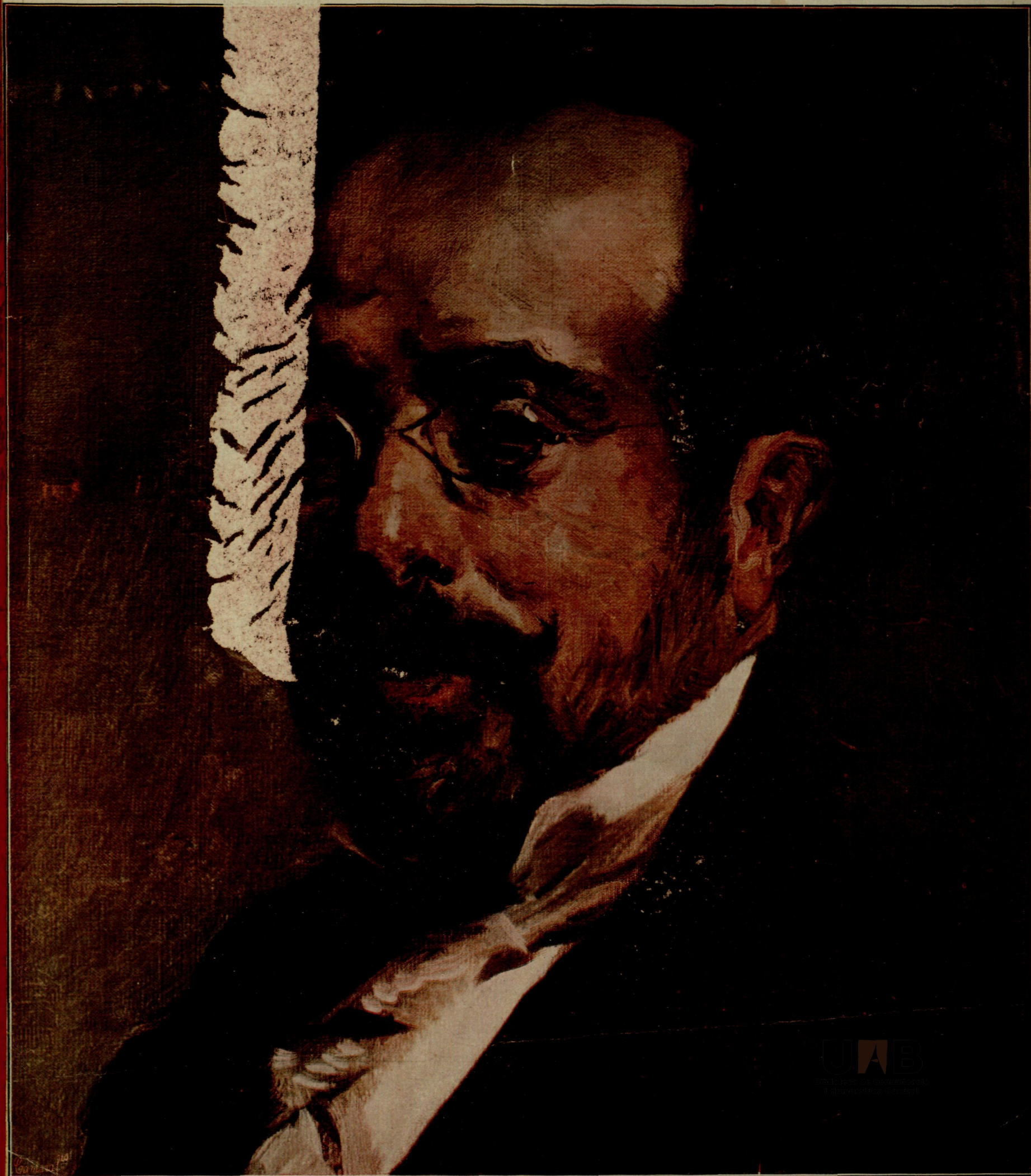


La Esfera



Año II * Núm. 8

Precio: 50 cénts.



D. ANTONIO MUÑOZ DEGRAIN, por Sorolla



Para la limpieza y ::
conservación del cabello

lo **UNO** es tan
indispensable como lo **OTRO**

A. Ehrmann

UAB
Biblioteca de Comunicació
i Hemeroteca General

La Esfera

Año II.—Núm. 86

21 de Agosto de 1915

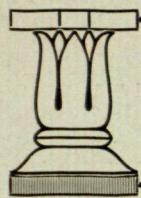
ILUSTRACIÓN MUNDIAL



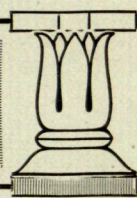
GENERAL MAISTRE

Comandante de uno de los cuerpos de Ejército francés que combaten en el Norte

UAB
DIBUJO DE GAMONAL
Biblioteca de Comunicació
i Hemeroteca General



DE LA VIDA QUE PASA
LAS MUJERES



Es indudable que para el término rápido de esta guerra, de esta bárbara carnicería, que ensangrienta y deshonra al mundo, no vale contar con los hombres. La impotencia, á tal fin, no da origen á dudas.

Los millones de hombres que por la tierra, por los aires y por el mar sostienen la guerra, con toda clase de armas, no llevan trazas de ponerle remate. Un año hace que la matanza comenzó y continua; sigue sin grandes ventajas para los combatientes. Poco más ó menos éstos se hallan como hace un año. Lo que ganan por una parte lo pierden por otra.

La muerte celebra á diario espléndidos festines; empedrado de buques se halla el fondo del mar; millares de muertos pudren encima de la tierra; vapores de sangre enrojecen la atmósfera; ciudades en ruinas tienen por voz única el ¡ay! de las víctimas, que por entre las ruinas vagan; la miseria y la peste se enseñorean de tres cuartas partes de Europa y la guerra prosigue, repugnante y monótona, como las faenas de un matadero.

Los millones de hombres que, llamándose intelectuales, pacifistas, socialistas, internacionalistas... debieron, al principio, en colectiva acción, oponerse á la guerra y deberían hoy, intentando y realizando la acción que descuidaron antes, terminar con la guerra, nada hicieron, nada hacen; su fracaso es patente y las luchas prosiguen dando un triste mentís á quienes creíamos que el imperio bárbaro de la fuerza, dentro de las sociedades modernas, cedería siempre, siempre, en última instancia, al santo imperio del derecho y de la justicia.

Mientras esto ocurre, mientras los hombres que querrían no saben poner término á la mundial carnicería, con una decisiva victoria, y los representantes de la intelectualidad y del humanismo no saben terminarla tampoco, con un colectivo y vigoroso arranque, las madres, las hermanas, las esposas, las hijas de los millones de combatientes muertos vierten lágrimas bajo sus mantos de horfandad y viudez; suspiros de angustia brotan por los labios de las mujeres de los vivos y todos vuelven los ojos hacia el cielo en busca, sin duda, de ese Dios á quien el Kaiser hace á todas horas cómplice de su imperialismo, pidiéndole que la guerra termine, que la sangre deje de correr, que no turbe la quietud de los muertos el estampido del cañón, que no desgarran la carne de los vivos el acero y el plomo, que la paz se busque, que el sosie-



go torne á reinar en los hogares que la guerra haya dejado en pie.

Levantando al cielo sus ojos, que el llanto enrojece, sus ayes dolorosos, sus angustiadas súplicas, no conseguirán las mujeres ver el fin de esta guerra. Y, sin embargo, á ellas, dado el fracaso de los hombres, corresponde cumplir la empresa que los hombres no pueden, no quieren ó no saben realizar.

Solo que para tal empresa no sirven oraciones y lágrimas; actos son precisos.

Y esos actos, si las madres, las hijas, las esposas, las hermanas de los combatientes, á cuen-

ta de pedir remedios al Dios, de quien el Kaiser hace su cómplice, se los pidieran á ellas mismas, serían de pronto y eficaz resultado.

¿Por qué no intentan las mujeres, lo que los hombres, cegados unos por la idea de un falso patriotismo, traidores otros á sus compromisos y á sus credos, no han querido intentar?

¡Ah! si momentos, si días antes de empezarse la guerra, los hombres, todos los hombres que se llaman amantes de la paz, del derecho, de la justicia, todos los que ponen la humanidad por cima de la patria, se hubiesen alzado frente á los gobiernos, frente á los césares, frente á los ejércitos de esos gobiernos y esos césares y hubiesen gritado: ¡No!... ¡No!... ¡No!... No satisfaréis vuestras ansias de hegemonía sanguinaria!... Nosotros, los ciudadanos del mundo civilizado, nos erguimos contra las fieras del mundo ancestral y ponemos veto á la matanza!...

Si esto hubiera ocurrido, la guerra no triunfaría hoy. Hubiesen triunfado, ¿cómo no?, el derecho y la paz. No han triunfado porque mientras el ancestralismo reunía sus traillas para lanzarlas unas contra otras, el humanismo se cruzaba de brazos ó humillaba cobardemente la cerviz, ante el señorío de la fuerza.

Pues bien, esa acción colectiva, ese veto internacional, que no se han atrevido á realizar é interponer los pacifistas, los socialistas, los internacionalistas, los intelectuales... realícenlo é interpongalo las mujeres, las que lloran hoy estérilmente bajos sus velos de orfandad y viudez, las que gimen en torno á sus hogares destruidos y abandonados... todas las mujeres del mundo. Hagan ellas, á impulsos y por decretos del amor, lo que los varones no supieron y no se atrevieron á hacer, á impulso y por decreto de la justicia.

Un movimiento colectivo de las mujeres, un «¡lo queremos!» unánime suyo, terminaría con la guerra.

Si ellas, todas ellas, se alzasen frente á los ejércitos combatientes, gritando: ¡Basta!, las armas homicidas caerían de manos de los combatientes. Las mujeres que se presentaran ante ellos serían sus madres, sus hermanas, sus esposas, sus hijas...

No es de suponer, ni siquiera de imaginar, que, enloquecidos por la brutalidad guerrera, desgarraran con las hojas de sus cuchillos y agujerearan con las balas de sus fusiles los vientres donde enjendraron y fueron enjendrados.

A PROPÓSITO DE UN LIBRO

¿EXISTIÓ HOMERO?



HEKTOR

Dibujo de la colección Preller



HOMERO

Cuadro de Gerard



AQUILES

Dibujo de la colección Preller

LECONTE de Lisle, el admirado poeta francés, autor de *Poemas bárbaros*, hizo más que una traducción, una reconstitución de los poemas inmortales de Homero. *La Iliada* y *La Odisea* renacieron con vida nueva, evocados por una nueva musa. Hasta entonces, Homero había sido interpretado y traducido sólo por los gramáticos, serviles unos y corruptores otros, que habían despojado a las inspiradas obras de toda poesía y toda belleza. Leconte de Lisle tradujo de los originales primitivos e hizo hablar a Homero en francés, fundiendo el genio del poeta y el genio del idioma. De la traducción francesa de *La Iliada* ha hecho una versión española D. Germán Gómez de la Mata. No es un pequeño suceso en nuestras Letras el advenimiento de esta traducción, aunque esté hecha en prosa, para que no lo aprovechemos, dedicando un recuerdo al cantor de Ulises.

En realidad, en la Literatura española es más débil que en la francesa y en la italiana el influjo de Homero, y mucho menor que en la alemana. En nuestro mismo Arte, pocos pintores y escultores buscaron inspiración en las páginas de *La Iliada* ó *La Odisea*. En cambio, Francia tiene el admirable cuadro de Gerard y Alemania la colección de dibujos de Preller.

Cada vez que se evoca la figura del cantor de troyanos y acaienos surge el problema de su existencia real. ¿Vivió Homero? Para su novel traductor, Homero es el nombre colectivo de los viejos rapsodas, que a través del tiempo compusieron estas rudas poesías. Como el *Romancero* castellano, como el *Antiguo Testamento*, estos grandes poemas de la gloria helena no son engendrados por un sólo poeta. Y, sin embargo, siete ciudades griegas se disputaban la gloria de haber sido su cuna; Esmirna levanta un templo en su honor y troquelada monedas y medallas con el busto del poeta. Es cierto que, en estas luchas y adoraciones mantenidas a trescientos años de haber existido el poeta, a Homero se le coloca en la linde entre el Olimpo y la Tierra, entre los dios

ses y los héroes, como si él también fuese uno de los símbolos de la Mitología. En los bustos que de él se encuentran, en los bajo relieves de los muros y las monedas cñe sus sienes el estrafie, la cinta distintivo de los dioses. Y si existió, ¿qué era Homero? Unos eruditos dicen: era trovador de reyes. En el pórtico del salón real, donde Grecia, que no ha conocido todavía la democracia, acata la soberanía aprendida de los asiáticos, Homero canta los sublimes hechos de los antepasados, excitando al rey y a sus cortesanos a conquistar glorias militares.

Otros eruditos nos dicen que era coplero popular; recorría los caminos de ciudad en ciudad; cantaba sus versos en las plazuelas y así templaba el alma de Grecia y así conquistó la popularidad, rayana en adoración, que se mantiene luego a través de las edades.

Lo que parece cierto, si es que existió, si no fué el nombre colectivo de los rapsodas, esto es: si no hubo muchos Homeros, si no se llamó así a todos los trovadores de reyes ó a todos los copleros populares que existieron en Grecia y en Asia Menor, mil años antes de Jesucristo, es que en su postrera edad quedó ciego y no sólo siguió cantando sus poemas, si no que fueron de esta madurez sus más hermosas obras. Es, entonces, cuando Gerard lo ve y pinta su admirable cuadro. Pero esta misma ceguera podría ser una parte del admirable símbolo que representa Homero en aquel pueblo artista. Homero queda ciego después de haber cantado los grandes hechos de los antepasados; después de haber troquelado la eternidad en sus estrofas para los dioses y los héroes y queda ciego para no ver cómo en su edad Grecia comienza a decaer. Muchos tienen por cierto que esta tradición, que supone a Homero ciego, es una prueba de que existió.

Pero si no existió; si *La Iliada* y *La Odisea* fueron obras de muchos, ¿qué espíritu misterioso encadenó sus inspiraciones, para que aquellas obras tuvieran la unidad que tienen?



D. Germán Gómez de la Mata



DOLON



PALAS

CIUDADES VIEJAS

EL TOBOSO

PEREGRINO infatigable, he corrido de una parte á otra por los senderos menos trillados y las regiones más bravías y solitarias de esta vieja Península, persiguiendo la nota de color, el dejo de castizo, los resabios característicos de la vida española en ciudades viejas, en villas y lugares desmantelados que tuvieron grandezas y hoy sólo guardan, entre sus escombros, miseria y desolación.

Espero contar lo que vi y admiré en Tordesillas, Villalar, Olmedo, Osma (la vieja Uxama), Madrigal de las Altas Torres y otros lugares interesantísimos que la Historia ha querido hacer memorables. Pero á la cabeza de estas semblanzas de pueblos he de poner la de El Toboso, porque al entrar en esta que Cervantes llamó *gran ciudad*, sentí tan intensa emoción que no acierto á describirla. ¡Y esto sentía yo junto á las tapias de un pueblo donde jamás ocurrió nada, históricamente hablando! Lectores míos, preguntad á un ciudadano de Noruega, de Rusia, de Norte América, del Brasil ó de Australia qué piensan de las grandes cosas acaecidas en Tordesillas, en Toro, en Valladolid y en Zamora y alzarán los hombros, dando á entender que no les importa nada de lo que allí ha pasado. Pero nombradles El Toboso y exclamarán: ¡Oh, El Toboso! La patria de Dulcinea, la metrópoli del

ideal más hermoso que vieron los siglos, la suma perfección femenina que mueve al hombre á colosales empresas. Claro es que la exaltación de los caballeros enamorados puede terminar en desengaño amarguísimo. Pero esto no importa; tal es la fuerza de la peregrina hermosura, excelsas virtudes y discreción de la dama, que ésta no tarda en ganar la devoción caballeresca y mística de otros adalides. Los caballeros aman, luchan y son devorados por la muerte. Dulcinea es eterna, y aquí la tenéis en sus alcázares del Toboso, aechando piedras preciosas y labrando ricas telas de oro, sirgo y perlas contestas y tejidas.

Desde Quintanar de la Orden, donde asistí á una reunión política con varios amigos, fuí á El Toboso en cómoda tartana de un rico hidalgo tobosino, de quien hablaré más adelante. El pueblo me pareció alegre, destartado, grandón, de una irregularidad deliciosa. Por calles que empezaban en plazuelas y concluían en recodos tortuosos, me lancé solo en busca del lugar cervantino, que es aquel donde se alza la iglesia parroquial, de maciza construcción y elevada torre, lindero entre el caserío y los campos manchegos por occidente ó medio día. Por aquí entraron, al filo de media noche, Don Quijote y Sancho, viniendo de Argamasa.

Ansioso de reproducir la incomparable escena, aguardé la noche, y solito, sin compañía de amigos ni cu-

riosos, me planté frente á la iglesia, para que fuera completa la ilusión. Oí los desaforados ladridos de todos los perros del lugar, el rebuzno de algún burro, el gruñir de cerdos y el mayido de los gatos. Inmediatamente sentí á mi espalda las pisadas de Rocinante y del rucio.

Aquí están—pensé—y al punto me sentí estremecido por la voz del grave Caballero de la Triste Figura, que así decía:

—Sancho, hijo, guía al palacio de Dulcinea; quizás podrá ser que la hallemos despierta.

Contestó Sancho con evasivas marrulleras, temeroso de que su amo descubriera los enredos y mentiras que le contó en Sierra Morena. Don Quijote habló así:

—Hallemos primero una por una el alcázar, que entonces yo te diré, Sancho, lo que será bien que hagamos: y advierte, Sancho, que ó yo veo poco, ó aquel bulto grande y sombra que desde aquí se descubre, la debe de hacer el palacio de Dulcinea.

Avanzó unos pasos el Caballero, y viendo el bulto que hacía la torre, reconoció que estaba enfrente de la parroquia del pueblo y dijo:

—Con la iglesia hemos dado, Sancho amigo.

SANCHO.—Ya lo veo, y plegue á Dios que no demos con nuestra sepultura, que no es buena señal andar por los cementerios á tales horas, y

más habiendo yo dicho á vuesa merced, si mal no me acuerdo, que la casa desta señora ha de estar en una callejuela sin salida.

DON QUIJOTE.—Maldito seas de Dios, mentecato: ¿á donde has tú hallado que los alcázares y palacios reales estén edificadas en callejuelas sin salida?

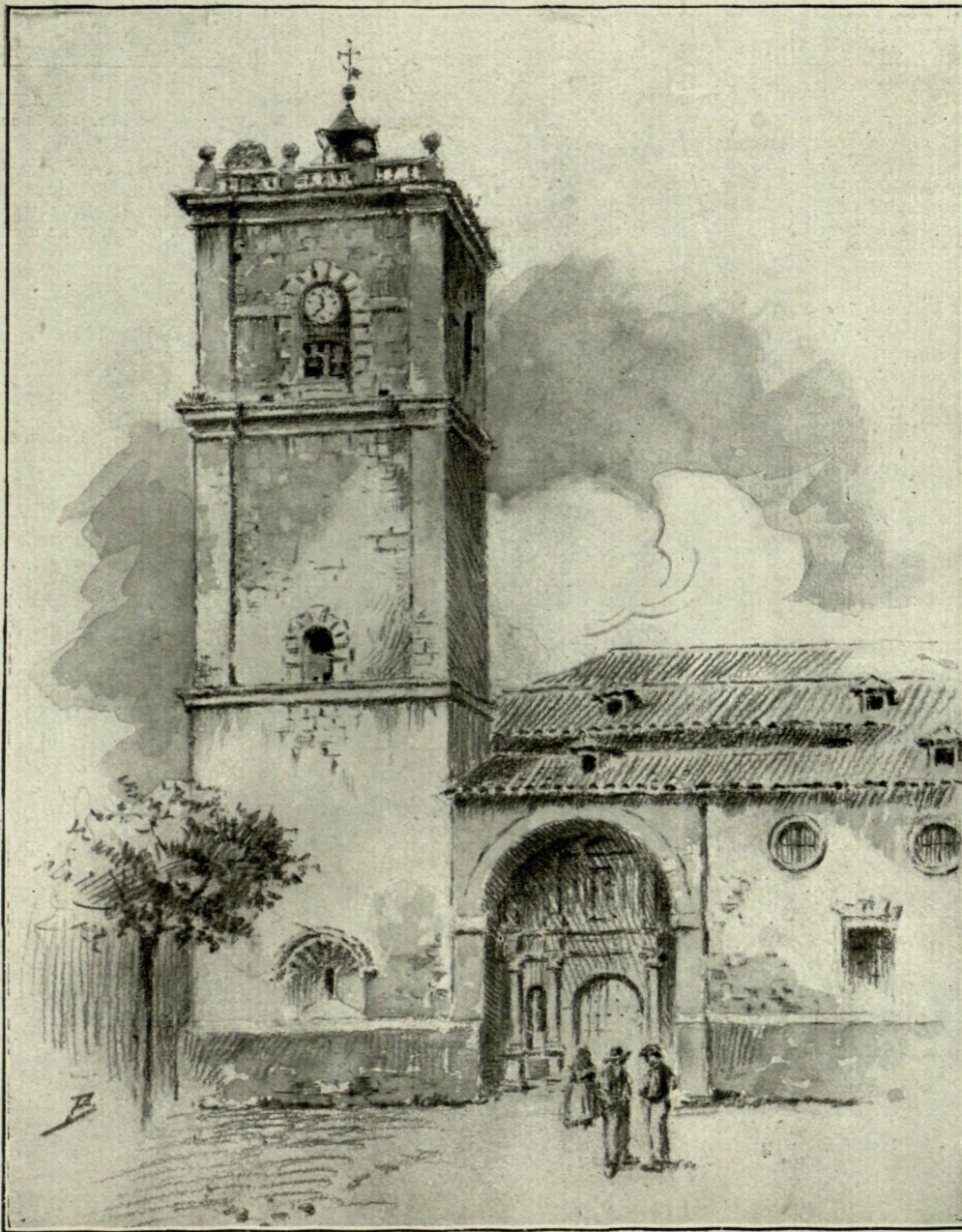
Disputan un rato con gran donaire el Señor y el escudero sobre los dichosos alcázares, y Sancho le dice que como ha de encontrar él á media noche el tal palacio si el mismo Don Quijote, que lo ha visto de día, no sabe dar con él.

DON QUIJOTE.—Tú me harás desesperar, Sancho. Ven acá, hereje, ¿no te he dicho mil veces que en todos los días de mi vida no he visto á la sin par Dulcinea, ni jamás atravesé los umbrales de su palacio, y que sólo estoy enamorado de oídas y de la gran fama que tiene de hermosa y discreta?

SANCHO.—Ahora lo oigo, y digo, que pues vuesa merced no la ha visto, ni yo tampoco... Así sé yo quién es la Señora Dulcinea como dar un puño en el cielo.

Estando amo y criado en estas pláticas vieron llegar á un mozo de labranza con sus mulas, el cual venía cantando el conocido romance: *Mala la hubisteis, franceses...* Con su habitual gentileza y cortesía le interrogó Don Quijote sobre

los consabidos palacios de la sin par señora. Contestóle el mancebo lo que consta en el libro inmortal y arreando sus mulas se fué á donde su obligación le llamaba. En esto, Sancho, hombre muy ladino de sutiles trazas, propuso á su señor que se retirase hacia un bosque cercano donde aguardarían la salida del sol. Anhelaba Sancho sacar del pueblo á su señor porque no averiguase la mentira de la respuesta que de parte de Dulcinea le había llevado á Sierra Morena. Y yo digo ahora que el gran Panza sería un ministro habilísimo y político sutil en los tiempos que corren. Véase aquí su ingenioso razonamiento. «Llevo á mi amo al bosque; le dejo allí; me vuelvo yo al Toboso con la encomienda de buscar el palacio y ver á mi señora. Desta manera, y estirando el tiempo á fin de dar espacio á mi diligencia, con la ayuda de Dios encontraré una linda fábula para engañar á mi señor Don Quijote. Este amo mío, que es el caballero más valiente del mundo y habla como los propios ángeles cuando se pone á ello, tiene en el caletre un agujerito por donde se cuelan los desatinos más gordos que cabe imaginar y dentro se quedan trastornándole el seso, mayormente si los desatinos vienen de algún mágico encantador de estos que alborotan y sacan de quicio á la caterva de caballeros andantes.» Así, ó en parecidos términos, discurrió Sancho, y de sus cavilaciones hubo



La iglesia parroquial de El Toboso
Dibujo del natural, por Pedrero



Don Quijote y Sancho Panza, al llegar á El Toboso

Dibujo de Giménez Aranda

de salir la ingeniosa máquina que le sacó de su aprieto al siguiente día.

Dejo á Don Quijote y á su escudero camino de la floresta y me pierdo en las obscuras calles del Toboso.

Pues Señor, amaneció el nuevo día y pude ver y observar en la patria de Dulcinea cosas que no parecerán quijotescas, pero en cierto modo lo son... A media mañana me encontraba descansando en la casa del generoso amigo que me llevó al Toboso, la cual está situada junto al convento de las Trinitarias, en aquella parte de la ciudad por donde entramos viniendo de Quintanar de la Orden. Era la casa grandísima, muy cómoda y holgada, de un solo piso, al ras de la calle, y el dueño de ella era el tipo del rico hidalgo campestre, de donde vino que le llamáramos *el caballero del verde gabán*.

Este y los amigos que me acompañaron desde Quintanar llevaronme al visiteo de varias familias del pueblo y á ver lo que en éste había de notable. A mi parecer poco encerraba el Toboso digno de ser visto. En diferentes casas acomodadas entramos de visita y en ellas vi caballeros y señoras de Madrid, que nada me interesaban. En ninguno de estos sitios se habló de Dulcinea ni para nada la mentaron. Por las calles iba tras de nosotros un grupo de curiosos. Entre ellos distinguí á un hombre de traza lugareña, el cual, á ratos, se confundía con los señores tobosinos que nos acompañaban, como queriendo entrar en conversación. Tanto se movía en torno mío que hube de fijarme en él. Era zanquilargo y enjuto, de más que mediana edad, pelo entre cano, cara risueña, ojos muy vivos, reveladores de un carácter apacible y alegre.

A una pregunta mía, el tobosino, que iba á mi lado, me dijo:

—Pero ¿no conoce usted á Jesús?... ¡Eh! Jesús, ven aquí, que quiero presentarte á estos señores, tus colegas de Madrid.»

Mientras el tal Jesús me saludaba, extremando su entusiasmo con abrazos y estrujones, otro de mis acompañantes exclamó:

—Aquí tiene usted la primera celebridad del Toboso; Jesús del Campo, es el único republicano que existe en esta villa y contornos.

A esto siguió la sentida invitación de Jesús para que honráramos con nuestra visita su morada humilde. Caminando hacia ésta me contaron que Jesús, no hallando en el Toboso ciudadanos que quisieran ayudarle á formar el comité republicano, lo formó con sus propios hijos. Al mayor de éstos, cuando sólo tenía seis años, le nombró secretario. Los demás, á medida que iban creciendo, ingresaban en la plana mayor del republicanismo tobosino. Tenía una hija á quien puso el nombre de *Marsellesa*. En la fecha de este relato, los hijos eran mayores de edad y ganaban un jornal como carreteros ó mozos de labranzas. *Marsellesita* servía en la casa de un vecino acomodado del Toboso.

Llegamos á la modesta casa de Jesús y éste y su mujer, anciana, vivaracha y hacendosa, me introdujeron en una salita muy limpia, cuyas paredes vi totalmente tapizadas con retratos de celebridades republicanas, recortados de los periódicos. Allí estaban todos, desde Pi y Margall, Orense y Castelar, hasta Castrovido, Menéndez Pallarés y Sol y Ortega. Hablando con Jesús, en su propio albergue, pude hacerme cargo de la honrada convicción, de la fe ardiente y del fervor político de aquel hombre sin semejante. Fuera de la República no había más que desdichas y fieros males. Dentro de ella, cuando viniera, y tenía que venir, de grado ó por fuerza, estarían todos los bienes. Confiaba ciegamente en que vendría pronto, y buena falta hacía. Afirmandolo así el bueno de Jesús iba enumerando con potente voz reformas que acometer, entuerfos que enderazar, injusticias que destruir, malandrines que vencer, cuentas que ajustar y otras mil desventuras que no tendrían remedio hasta que trajéramos *la niña bonita*. La mujer de Jesús, apoyando á su marido con firmeza un tanto socarrona, me dió á entender que el jefe del republicanismo tobosino estaba un poquito ido de la cabeza; pero que convenía dejarle con su tema.

Mi visita á la modesta vivienda de Jesús, me fué más grata que las que hicimos al señorío de la burguesía madrileña y manchega, gente por lo común encopetada y desaborida. De regreso á mi hospedaje hablé largamente con Jesús, que á mi lado iba. A las preguntas que le hice acerca

de sus propagandas contestome que no había podido hacer ningún prosélito en aquel vecindario; pero que él no descansaba y seguía laborando. No dudaba del éxito, que había de venir por caminos invisibles é inesperados acontecimientos.

—Cuando menos se pensara— me dijo— España se acostará monárquica y se levantará republicana. Para creerlo así me fundo en la fuerza de mi querer, la cual es tan grande que movería las montañas del Toboso, si aquí las hubiera. Yo, señor mío, llevo la República en mi alma, y á solas hablo con ella y le digo: «Señora de mi alma y de mis pensamientos, cuando vengas no te pediré nada para mí. Pobre soy y pobre seré toda la vida. Componte como puedas para nombrar tus ministros y toda la alcahuetería política que ha de servirte. Para mí nada, nada.»

A esto le dije yo que su persona me recordaba la de un caballero manchego que asombró al mundo con sus hazañas, y añadió:

—Como usted, amigo Jesús, lleva en su alma á su señora, la República, llevaba en la suya D. Quijote á la sin par Dulcinea, cifra y compendio de la hermosura y discrección. A esta Dulcinea debió usted conocerla, D. Jesús, porque era del Toboso.

Respondíome Jesús que no la había conocido porque la tal señora era de pasados tiempos; pero que noticias tenía de ella y de su nunca vista hermosura, garbo y gentileza. Finalmente, llegando á la casa de mi generoso huésped, dije al corifeo de los republicanos tobosinos que tendría yo mucho gusto en conocer á su hija *Marsellesa*. La respuesta de Jesús del Campo fué como sigue:

—La conocerá usted, señor; vendré á buscarle esta tarde y la veremos. Aunque mi hija es de condición humilde y sirve en una casa, llevando el cántaro á la fuente, quedará usted pasmado de su arrogancia, donosura y salero. No cambiara yo á mi *Marsellesa* por aquella moza gentil Aldonza Lorenzo, á quien los antiguos pusieron el mote de *Dulcinea del Toboso*.

B. PÉREZ GALDÓS

Santander, San Quintín, 28 de Julio de 1915

(Se continuará en el número próximo.)



"Paisaje", de Mir, que figuró en la última Exposición de Bellas Artes, de Madrid

LOS PAISAJES DE MIR

Joaquín Mir es una de las glorias más puras, más elevadas y menos atacables de nuestra pintura contemporánea. No le debe nada a la miopía de las consagraciones oficiales, porque una mención honorífica en 1897 y dos segundas medallas en 1899 y 1901, ni le quitan ni le dan ese prestigio ficticio, al que se agarran como tablas salvadoras los que carecen de los méritos propios.

Joaquín Mir y Trinxet tiene el orgullo de su sensibilidad refinadísima. Acaso no encontramos en toda la pintura de la España actual otro caso de desligado, de libertado de cuantos aspectos cotidianos existen, como él. Cuanto le rodea le pasa inadvertido. Sólo tiene miradas—miradas profundas, absorbentes, ansiosas de embriagueces cromáticas—para los caprichos de la luz desposada con el color.

Como de misteriosos alambiques sale la belleza de sus pinceles. Se piensa en un mago dotado de sobrenaturales poderes. Prometeo que tuviera el fuego sagrado y no las argollas. Y también un alma de músico, en que cada mofiz, cada tono, fuesen notas que sus manos acordaran a la grandeza polifónica de una sinfonía maravillosa.

En la Exposición Nacional de 1906, no había nada tan depurado, tan sublimizado de ensueño y de verdad, al mismo tiempo, como los doce paisajes de Joaquín Mir. Mallorca, la pródiga en orgías de luz, en incomprensibles exuberancias coloristas, se ofrecía con toda su riqueza, con toda su desnudez de reina que sólo conservara los resplandores

de sus gemas, en los cuadros de Mir, el soñador. Nombres de ensueño tenían estos cuadros: *Rincón del encanto*, *El torrente del suspiro*, *Cueva fúnebre*, *Cueva de la leyenda*, *Cala dorada*... No se podrían hallar otros y, sin embargo, abrían tales sendas de emoción, nos hiperestexiaban de tal modo, que eran lo que el soñador nos decía y mil cosas más aún. El color nos cantaba dentro del corazón y nos brincaba ante los ojos, cegándonos para todo lo que no fuera la visual música de los lienzos divinos.

¡Y entonces, precisamente por esos cuadros, se habló de la locura del gran paisajista! Mallorca, lo había enloquecido. ¿Verdad que parece un hermoso cuento, de otro siglo menos positivista? Un pintor que enloquece cuando la excelstitud de su arte se encuentra frente a la excelstitud de la naturaleza. Ya comprenderéis que esta locura nada tenía que ver con las otras que llenan de seres extraños los manicomios. Más íntima, más despojada de materialismo que ninguna otra, era la del enfermo de soñar el color y pintarlo soñado, no visto; porque un hombre normal, equilibrado—con este equilibrio embrutecedor y vulgarizador de los seres acomodaticios—no puede ajustar su visión a la visión de Joaquín Mir. Cuatro años después, en la Exposición Nacional de 1910, aun se había sutilizado más, todavía estaba más limpio de realidad el arte del gran paisajista catalán. Sus cuatro lienzos, *La ermita*, *Crepusculo*, *Primavera* y *Maspujol*, ya no eran si

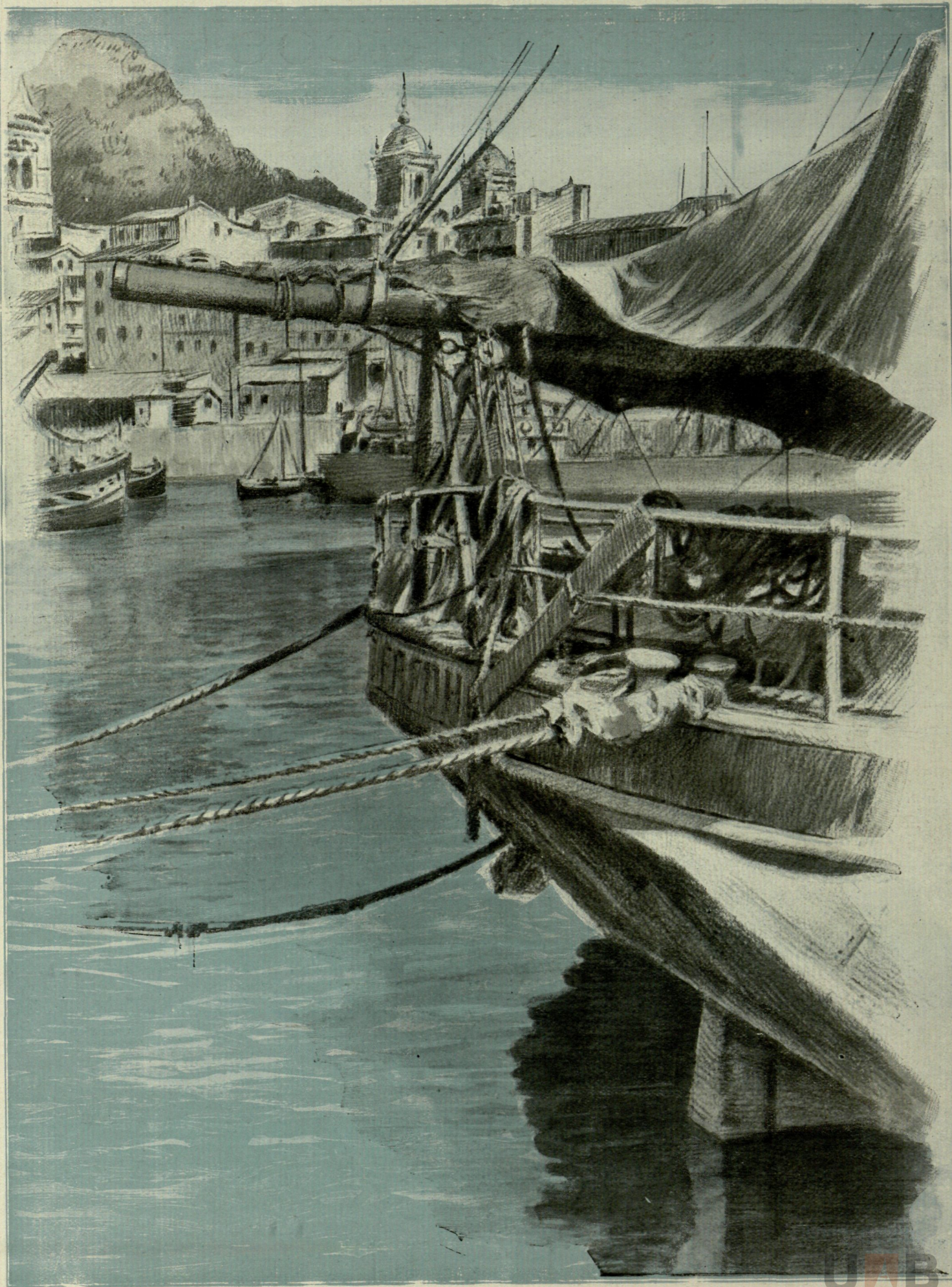
no quintaesencias de paisaje, estilizaciones del color, reflejos de un alma que fuera irrealmente cóncava para recoger en sonidos dulcísimos el color y devolverlo con ecos vagos y quiméricos. O también un alma-alquimia y un alma-espejo, que cambiara los valores efectivos de las cosas en otros más bellos y de mayor magnificencia.

Y, por último, cuando en la reciente Exposición de 1915, defiriendo a las invitaciones del Comité organizador, remitió Joaquín Mir sus cuatro lienzos *El coche de Anean*, *Las viejas de la ermita*, *La encina y la vaca* y *El gorjeo*, hemos podido asistir a la concreción, a la suma y compendio de las pretéritas facultades visuales, sensoriales y sentimentales de Joaquín Mir. Tornan las figuras de sus lienzos, de sus dibujos, de la juventud lejana; la técnica del gran impresionista no ha perdido ninguna de sus audacias y, en cambio, ha ganado cierto reposo, cierta *melancolía de pincelada* que niebla el color muy delicadamente. Construye las masas con una arbitraria energía y sigue los arabescos decorativos de la línea, como si desarrollara un motivo musical o fundiera distintos perfumes para obtener una esencia nueva y adormecedora...

Y ved cómo, inevitablemente, volvemos a encontrar esta fusión de las tres más elevadas sensaciones que puede sentir el hombre, reunidas en estos lienzos, de lo más admirable en la historia del paisaje español...

SILVIO LAGO

NOTAS PINTORESCAS DE ESPAÑA



UN APUNTE DEL PUERTO DE SAN SEBASTIÁN, por Pedrero

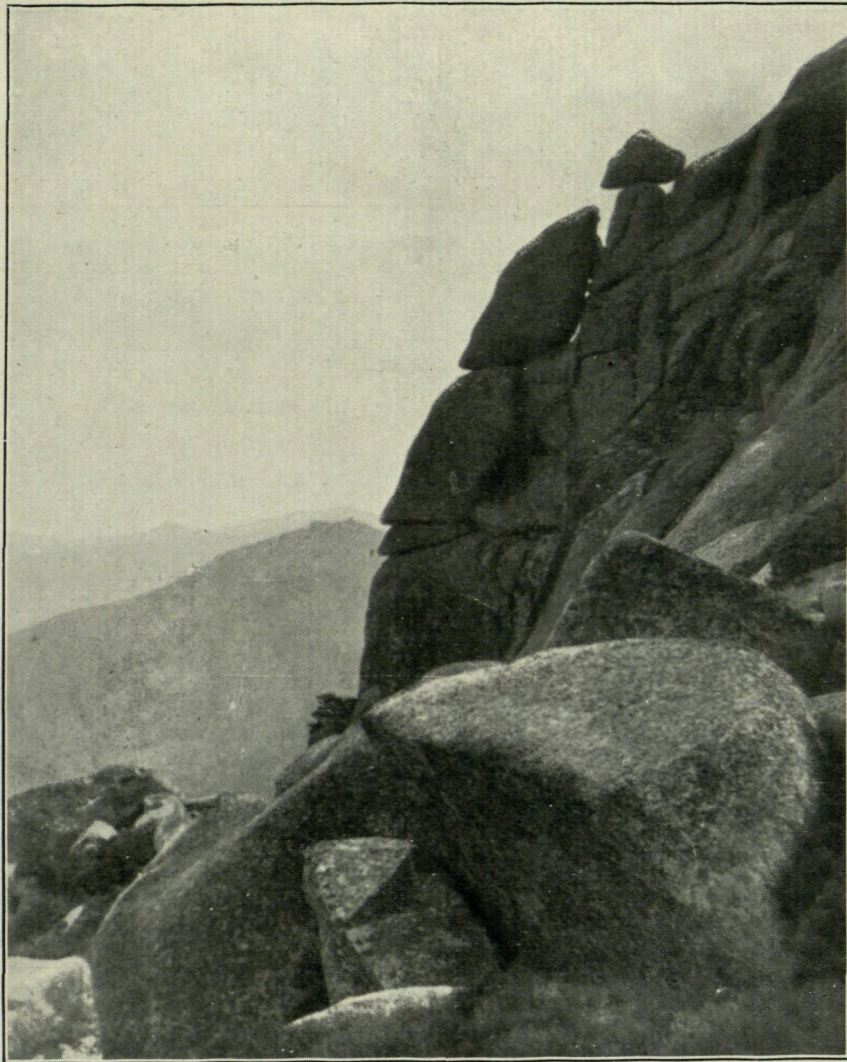
LA SIERRA DE GUADARRAMA

SIETE PICOS

Los aficionados al turismo en su aspecto más saludable y más simpático, en el que tiene por principal objeto el ejercicio corporal al aire libre, las grandes caminatas por los campos fértiles, las ascensiones á las escarpadas cumbres de las montañas, para gozar desde sus más elevadas crestas del aire puro que refrigera los pulmones y del panorama que recrea los ojos y el espíritu, hacen actualmente una efusiva propaganda de algunos de los alrededores de Madrid, que son, por lo agrestes y por lo pintorescos, por lo sanos y por lo hermosos, dignos de la preferencia de cuantos encuentran superior á todos los deleites el pleno goce de la Naturaleza.

Los propios madrileños, que tan cerca tenían esos verdaderos edenes, que hoy consideran comparables con los más bellos de Suiza, no se habían dado cuenta de ello hasta hace pocos años. Para ello fué preciso que muchos extranjeros, residentes en la corte, buscando donde satisfacer esta necesidad de esparcimiento que la costumbre hace indispensable á su vida, descubrieran esos alrededores de Madrid y propalaran sus excelencias, asegurando que ofrecían tantos encantos y reunían tan excelentes condiciones como los que, merced á la divulgación hecha por los entusiastas de otros países, y aun del nuestro, han adquirido fama universal.

De entre todos los pintorescos panoramas que embellecen los alrededores de Madrid, el que ha merecido la preferencia de los deportistas expertos ha sido la Sierra de Guadarrama, que, no obstante haber permanecido casi ignorada, ó por lo menos sumida en el más indiferente desdén, por nuestra parte, hasta que ajenos juicios vinieron á concederle toda la importancia que merecía, ya en remotos tiempos era considerada magnífica por aquellos que habían gozado de sus beneficios, como lo demuestra el hecho de haberse mandado levantar, en 1749, por S. M. el Rey Don Fernando VII, en la cumbre del Puerto de Guadarrama, un monumento sencillísimo, de piedra berroqueña, en el que, sobre un pedestal, aparece toscamente labrada la figura de un león, sujetando entre sus garras dos globos y una lápida al pie, en la que el monarca rinde homenaje de gratitud á los beneficios que obtuviera en su salud, merced á la pureza



La cumbre de Siete Picos, en la Sierra de Guadarrama



Vista del Valle de la Granja, desde la cumbre de Siete Picos

de aquellos aires impregnados del aroma vivificante y restaurador de los pinos, que suben por las montañas formando espesos bosques, y del tomillo y del romero que crece en libertad, apoderándose de la superficie de la tierra en que nace, y que cubre totalmente con el oloroso enjambre de sus ramas.

El alto del León, que recibe el nombre del monumento mencionado, es actualmente uno de los parajes más frecuentados por los émulos del alpinismo, que en los calurosos días estivales encuentran en el ascenso á los picos más elevados de la cordillera el encanto indecible con que brindan los puros aires de la altura y la contemplación de un paisaje espléndido, mucho más grato al espíritu y á los ojos después de una penosa marcha, que ha proporcionado á los músculos el rudo ejercicio que les presta elasticidad y los fortalece, y en los fríos días del invierno los encantos, mucho más sugestivos, del caminar sobre la nieve buscando los senderos ocultos bajo la espesa capa que forma sobre los riscos caprichosos penachos y que al descender, copiosa y lenta, fué enredando en las ramas de los árboles la madeja de algodónada y suave blancura que formaron sus copos, y que, invadiendo todo el paisaje, desgajada sobre los montes cuyas crestas corona, tendida sobre el llano su impecable blancura, cubriendo las copas de los pinos y dibujando enérgicos contornos en las cortezas de los árboles, ofrece á la contemplación del que escalara las alturas el más bello y fantástico panorama que puede concebir humano cerebro.

Toda la cordillera Carpeto-vetónica ofrece grandes encantos al turista. El puerto del Pualar, el de Navacerrada y el de Fuenfría, el pico de Peña Lara, el ventisquero de Guadarramillas, la Piñota, el cerro de Cabeza Lijar, y, sobre todo, la montaña de Siete Picos, que alcanza una altura de 2.203 metros y desde cuyas cumbres, en las que la Naturaleza se complació en esculpir los más caprichosos dibujos y las más atrevidas combinaciones de peñascos, se divisa un panorama verdaderamente grandioso.

Generalizada, desde hace algunos años, en la villa y corte la afición á los ejercicios alpinistas, que tan grandes encantos ofrece en la vecina sierra, son varias las sociedades deportivas que,

como las denominadas «Club Alpino Español», «Peña Lara» y «Sociedad de Amigos del Campo», se han constituido para este objeto, y muchos los escritores que han cantado las excelencias del Guadarrama.

Así como Siete Picos es para los deportistas de la nieve y para los que encuentran encanto en emprender largas caminatas monte arriba, el lugar más apropiado para satisfacer cumplidamente su afición, puesto que en esa parte de la cordillera encuentran reunidos los más poderosos atractivos que puede ofrecer la Naturaleza, el Alto del León es actualmente el sitio predilecto de los automovilistas, no solamente para sus excursiones, sino también para celebrar pruebas y concursos que, al propio tiempo que sirven para ejercitarse en la subida y en

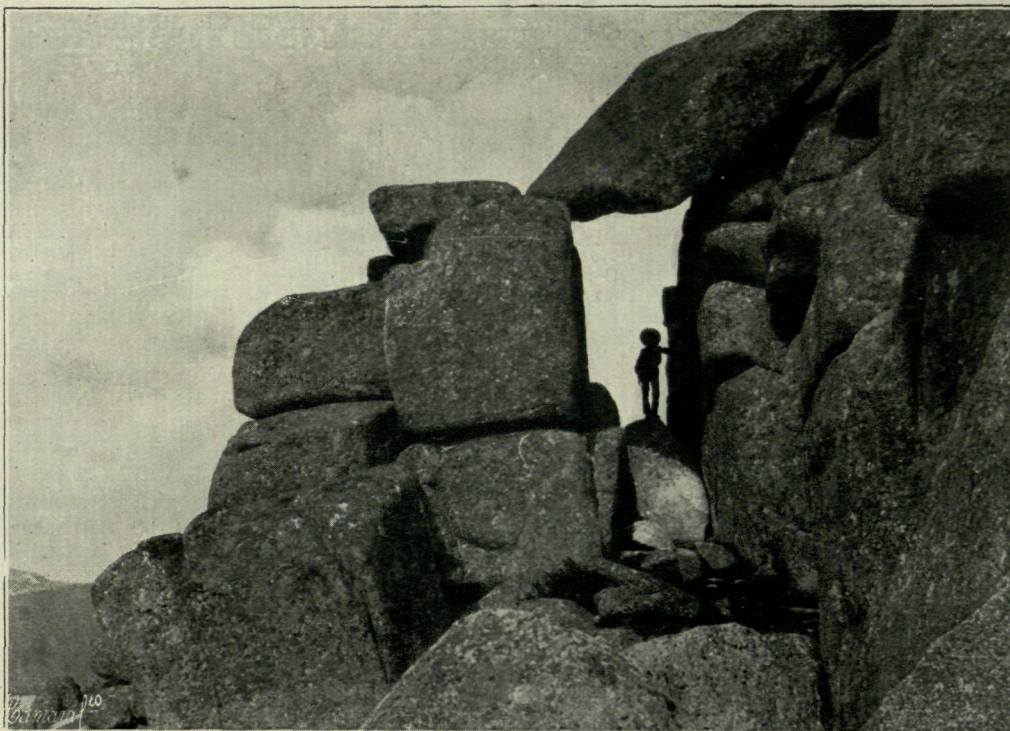
el descenso de acentuadas pendientes, y para comprobar las condiciones de los coches, lo mismo en lo que se refiere á su resistencia y á su ligereza, que á su velocidad, constituyen el medio más eficaz de generalizar la afición á este nuevo deporte, el más encantador sin duda y el

que mayor número de partidarios ha conseguido entre las clases privilegiadas que pueden permitirse este lujo.

Subir la empinada cuesta que conduce á la cumbre de la montaña, en la que desafía las nubes el petreo león que le da nombre, es para los

nosotros, y que hoy constituyen una verdadera atracción para cuantos sienten y ambicionan los puros encantos de la naturaleza, como uno de los más gratos deleites de la vida.

JUAN BALAGUER



La ventana de Siete Picos

automovilistas algo así como la patente de buenos conductores y la más elocuente demostración de que el carruaje que adquirieron reúne las condiciones más excelentes, porque no solamente se trata de una de las subidas más violentas de los alrededores de Madrid, sino también de un largo recorrido por carretera, que no se distingue por su carencia de baches y de obstáculos, de los que ponen á prueba la resistencia de los vehículos y la pericia y seguridad de los que los conducen.

Con la creación de las Sociedades deportivas antes citadas, que tanto han contribuido al crecimiento de la afición á los ejercicios higiénicos al aire libre y con el rápido auge del automovilismo en la Corte, se ha dado vida y animación á aquellos pintorescos lugares, mucho tiempo olvidados por



Una de las cumbres de la famosa montaña de Siete Picos, en la Sierra de Guadarrama

FOTS. A. BONILLA
Biblioteca de Comunicació
i Hemeroteca General

CUENTOS ESPAÑOLES

EL MEJOR SALTO DE TONY-DOWER

UN cuarto de artista en un gran *music-hall* europeo. Las once de la noche. El formidable saltarín inglés, Tony-Dower, metido en un amplísimo traje de seda verde, constelado de medias lunas de plata, concluye de maquillarse delante de un espejo. Sobre el fondo berilo de la botarga, ríen las lunas de perfil sarcástico.

Tony-Dower cumplirá pronto treinta y cinco años; es alto, ancho, musculoso y, á la vez, prodigiosamente vibrante. Tony-Dower tiene la nariz pintada de rojo y una peluca bermeja enmarca el rostro, enharinado á lo *Pierrot*.

Acompañan á Tony-Dower, en su *camerino*, dos clowns de los cuatro que trabajan con él. Adornan las paredes, retratos, caricaturas, caretas, sombreros absurdos, armas...

La escena, policroma y llena de «humor», parece una miniatura de Fortuny.

CLOWN I.—¿Cómo está la sala!...

CLOWN II.—No me he asomado. ¿Mucha gente?

CLOWN I.—Ni una localidad vacía. (A Tony.) Ahí tienes á «tu viuda», en la platea de todas las noches.

TONY-DOWER (Sonriendo á sus amigos, por el espejo).—¿Qué queréis? Las mujeres se mueren por mí.

CLOWN II.—¡Y cuidado si estás ridículo con esa peluca y esa nariz!

T.-Dow.—Las mujeres prefieren siempre los hombres feos, que saben hacerlas reír, á los hombres bonitos. Un hombre bello y tonto, está visto en seguida.

CLOWN I.—¿No te ha escrito aún tu admiradora?

T.-Dow.—No.

CLOWN I.—Es alta, delgada, medio rubia; debe de ser paisana tuya.

CLOWN II.—Más bien parece francesa.

CLOWN I.—O italiana del norte. En el Tirol abundan los tipos así.

CLOWN II.—Lo indiscutible es que sabe vestirse admirablemente; esos sombreros negros, con amazonas negras, que usa, la favorecen. (Pausa. A Tony.) ¿Por qué no la sonríes un poco?

T.-Dow.—¿Yo?...

CLOWN I.—Para animarla...

T.-Dow (Desdeñoso).—¡Sonreirla!... ¿Tú crees que soy un estudiante?... Y, en resumidas cuentas, ¿qué puede importarme esa mujer?... (Llama á la puerta.) ¡Adelante!

LA VOZ DEL AVISADOR.—¿Podemos empezar?

T.-Dow.—Sí.

LA VOZ DEL AVISADOR.—Fuera, entonces.

T.-Dow.—Vamos.

Sale del *camerino* corriendo, seguido de sus compañeros. Los artistas se presentan en la pista á los acordes de un bélico pasodoble, y un estremecimiento de júbilo llena el *music-hall*.

La voz de la muchedumbre retumba en la oquedad de los altos bastidores, con rumor de oleaje.

A la mojiganga, desempeñada por los cinco clowns—garrotazos, bofetadas, caprichos inimaginables, dislocaciones hilarantes del espíritu y de la línea—sigue un silencio. Los payasos se retiran á un lado.

Tony-Dower, el acróbata de los músculos duros y elásticos, como el acero, va á saltar.

Tony-Dower, brinca, á pies juntillas, sobre cuatro hombres, colocados de uno en fondo. El público aplaude. Tony-Dower repite la suerte, dando una vuelta en el aire. Crece el aplauso. Sucesivamente el artista saltará un caballo, dos caballos, tres caballos... Tony-Dower es el hombre pájaro; suena la orquesta; la multitud, aplaudiendo, se enrojece las manos.

Nuevo silencio; uno de esos silencios, plenos de emoción, que en los circos anteceden á los ejercicios difíciles. En el comedío de la pista colocan una mesa, después aparece una *ecuyere* á caballo y el animal, de un brinco, ocupa la mesa. Han puesto un trampolín delante del corredor por donde Tony-Dower va á reaparecer. Calla de repente la música y la multitud cesa de respirar. Suena un grito de esfuerzo, de lucha; es To-

ny-Dower, quien lo ha lanzado. Un instante, el acróbata se recoge sobre sí mismo, aprieta bien los puños y se precipita; sus pies redoblan dos tremendos golpes sobre el trampolín, que cede primero y luego se levanta despidiendo al aire al saltarín. El cuerpo de éste sube, sube... las piernas ligeramente recogidas, la cabeza en alto, los brazos en cruz. Salto prodigioso. Y, desde su caballo, la *ecuyere* sonríe, porque los pies de Tony-Dower acaban de pasar sobre su cabeza, sin tocarla.

Tony-Dower se retira inclinándose, envanecido y modesto, á la vez, ante el elogio fervoroso de los millares de manos que le aplauden.



En un palco, una dama, de suprema elegancia, se ha puesto de pie...

Tony-Dower vuelve á su *camerino* y se deja caer en un diván. Está fatigado. Con una toalla se restriega el rostro y el mismo sudor, que le empapa las sienes y el cuello, le ayuda á despin-tarse. Se arranca la peluca. La toalla va ensuciándose de rojo, de azul... y á trozos, bajo la costra de harina, resurge el color obscuro de la piel.

Llaman tímidamente á la puerta. Tres golpes.

T.-Dow.—Adelante.

Aparece un recadero.

RECADERO.—¿El Sr. Tony-Dower?

T.-Dow. (Cuyo corazón acaba de sufrir un violento latido).—Yo soy.

REC. (Acercándose).—Esta carta para usted.

T.-Dow.—¿Espera contestación?

REC.—Sí, señor.

El acróbata desdobra la misiva y lee: «Desearía merecer el honor de ser su amiga. ¿Quiere usted conocerme?... Le espero esta noche en mi casa, calle de... Un ruego: vaya usted disfrazado y maquillado como cuando sale usted á trabajar en el circo. Perdóneme. La señora de la platea número dos».

T.-Dow. (Casi indignado).—¿Qué ocurrencia! (Hablando consigo mismo.) Es una extravagancia de loca... pero, en fin... (Vacila.) ¿Como voy á salir á la calle vestido de mamarracho?... Es decir, no: puedo ponerme un gabán... ahí, precisamente, tengo un gabán que casi me llega á los pies; puedo tomar un coche... y ese coche puede esperarme... (Meditando vagamente en la retirada.) Luego, ya veremos... ¡Qué loca!... (Al recadero.) Dí, que está bien.

REC.—¿Lrá usted?

T.-Dow.—Antes de una hora.

El recadero se marcha y Tony-Dower comienza á maquillarse precipitadamente: otra vez se encasquetará la peluca, otra vez se enharinará el semblante y se pintará de escarlata la nariz. Tony-Dower ríe y es dichoso. Inmediatamente, sobre su traje de seda verde, se endosa un largo gabán, color café, y abre la puerta, á tiempo que llegan el empresario del circo y varios artistas.

EMPRESARIO (Atónito).—¿Dónde va usted, Tony?

T.-Dow. (Hace una morisqueta).—A la calle.

UN ARTISTA.—¿Así vestido?

T.-Dow.—Así. Es que me he vuelto loco. Lanza una carcajada y echa á correr. Todos se miran, estupefactos.

Escena en una calle de hoteles, de un barrio aristocrático. Antes de llegar al sitio adónde se dirige, Tony-Dower, por discreción, se apea del coche que tomó al salir del circo. Ni un transeúnte.

T.-Dow. (Con su pintoresco acento inglés).—Usted me esperará aquí.

COCHERO.—Imposible, señor. Tony-Dower, hace un gesto.

COCHERO.—Vea usted el caballo; no puede tenerse en pie.

T.-Dow.—Cóbreme usted á doble, á triple... á cuádruple precio de tarifa.

COCHERO.—¡Pero, señor!... ¿No ve usted que el animal está cayéndose?...

Tony suspira. Piensa en sus zapatillas, en sus medias blancas, en el escándalo de su peluca bermeja... Al fin, se resigna; paga al cochero y camina bajo los árboles. Muy lejos, en el silencio, un reloj ha cantado las dos. La vecindad de tantos jardines, refresca el ambiente. Huele á campo.

Junto á la verja entornada de un parque, anegado en obscuridad, una mujer delgada y esbelta hace señas á Tony de que se acerque; es «la dama de la platea». En la obscuridad, sus manos abaciales, largas, eucarísticas, de finos dedos, remedan mariposas.

LA DESCONOCIDA. (Con voz casi imperceptible).—Es aquí, es aquí...

Tony-Dower, perfecto *gentleman*, se inclina respetuosamente, roza con sus labios pintados la seda de aquella mano cordial; y esta seriedad contrasta deliciosamente con la fresa de su nariz.

LA DES. (Cierra la verja y mira complacidamente la peluca de Tony).—Conserva usted su traje de clown, según le dije...

T.-Dow. (Desabotonándose el gabán).—Vea usted.

LA DES. (Risueña y emocionada).—¡Oh, qué amable!... (Transición.) Temo que mis criados nos oigan; por eso no me atrevo á levantar la voz. Venga usted por aquí...

Caminan de puntillas hacia el hotel. Luego el diálogo se reanuda en un saloncito, preciosamente decorado, del piso segundo: muebles cómodos y artísticos, acuarelas valiosas, retratos, espejos, profusión de luces...

T.-Dow. (Quitándose el gabán).—Usted me permitirá, sin duda... (Se sienta en un sillón, cruza y estira las piernas y enciende un cigarillo.)

Su disfraz verde, su peluca de rútilo, ponen en la estancia una alegría extravagante de Carnaval.

LA DES. (Mirando al clown, con embeleso.)—Me parece mentira tenerle á usted aquí...

T.-Dow.—¿Por qué?... ¿Qué hombre galante?...

LA DES. (Vivamente.)—No, lo notable no es que usted haya venido; ya lo comprendo; lo extraordinario es que yo me decidiese á llamarle... Usted creará que soy una loca...

T.-Dow. (Buscando una disculpa á la conducta de su admiradora.)—¡Ah!... De ningún modo; es un capricho de artista...

LA DES.—¡Usted lo ha dicho, me muero por lo extravagante; mi ideal sería vivir una historia que nadie hubiese vivido...; hacer de mi juventud un capricho constante y una constante pirueta... (Corta pausa.) De ahí el suplicarle á usted que conservase su traje de clown. Con ese traje ha llegado usted á mi curiosidad, primero, y después á mi admiración; y cuando yo pensaba en usted, le veía así. Además, de americana, de smoking ó de frac, habrá usted entrado en muchas casas; pero, ¿á que es esta la primera visita que hace usted vestido de payaso?

T.-Dow.—La primera; se lo juro á usted.

LA DES.—Le creo; y, por lo mismo, no dudo de que siempre, aun cuando sea usted muy viejo, se acordará de esta cita. Y ella me satisface, me envanece... ¡Nos es tan difícil triunfar del olvido!...

Continúa hablando. Representa veintiocho años, quizás treinta. Es elegante, felina, rubia, conoce la fuerte expresión de las actitudes y posee unos magníficos ojos, medio azules, medio verdes, llenos de interés. Tony-Dower admira aquella gracia, aquel espíritu conjuntamente frívolo y apasionado, y piensa: «Es diabólica, esta criatura...» La desconocida acaba de encontrar una frase feliz, que sorprende á Tony.

T.-Dow.—¡Es usted una gran artista!

LA DES.—Mi marido era un poco literato, un

poco pintor... y yo he vivido constantemente en un ambiente de arte...

T.-Dow.—¿Pintor? (Interesándose.) ¿Cómo se llamaba?

La desconocida, hace un gesto.

T.-Dow. (Comprende que ha cometido una indiscreción.)—Perdone usted; mi pregunta ha sido impertinente.

La desconocida, sonríe y mira al suelo.

T.-Dow.—¿Usted es francesa?

LA DES.—He nacido en España, pero me he criado en Austria; mi padre era argentino, mi madre italiana... mi marido francés... Yo hablo todos los idiomas...

T.-Dow.—Do you speak english?

LA DES.—Yes.

T.-Dow.—¡Deliciosa!...

LA DES. (Resolviéndose bruscamente á la confianza.)—Voy á enseñarle á usted el retrato de mi esposo.

T.-Dow. (Que no se perdona su pasada ligereza.)—No, no..., ¿para qué?...

Ella se levanta, descuelga de la pared un retrato y se lo da á Tony. Este lo mira y lanza un grito. Tony-Dower se ha puesto de pie: con su rostro cubierto de harina, y su nariz de disparate, y en aquella actitud, está trágico y bufo á la vez.

T.-Dow.—¡Alfonso Bercier!...

LA DES. (Intensamente pálida.)—¿Le conocía usted?...

T.-Dow.—Era mi amigo del alma, mi hermano... Nos perdimos de vista hace años, pero nunca dejamos de comunicarnos y sus cartas siempre me trajeron una alegría.

LA DES. (Suspirando.)—¡Qué casualidad!

T.-Dow.—Alfonso marchó al Brasil y allí ganó una fortuna; más tarde regresó á Europa y se casó en París, con una millonaria...

LA DES.—Yo...

T.-Dow.—¡Usted!... Usted, entonces, se llama Margarita...

LA DES.—Margarita Durtois.

Tony-Dower tiende sus manos á la joven y largo rato permanece así, mirándola á los ojos. Está visiblemente turbado; su voz tiembla; la harina que cubre su rostro de clown parece más blanca...

T.-Dow. (Como si hablase consigo mismo.)—¡Pobre Alfonso!... ¡Pobre hermano!... No se por qué, la carta donde me hablaba de su boda con usted, me puso triste.

Largo silencio evocativo.

MARGARITA.—¿El haber sabido quien soy, le separa á usted de mí, Tony?

T.-Dow.—No, Margarita.

MARG.—Sí, Tony; acabo de perderle á usted; y, si no lo hubiese adivinado, lo comprendería por la tristeza de sus palabras.

T.-Dow. (Cortés.)—No, Margarita... ¿Por qué?... La Vida es así...

Pero Tony-Dower miente; su delicadeza, su cariño al muerto, no aceptarán esas coincidencias, esos sarcasmos del vivir; Tony-Dower no seguirá su aventura adelante.

T.-Dow.—Tengo sed, Margarita.

MARG.—¿Se ha impresionado usted mucho, verdad, mi pobre Tony?

T.-Dow.—Sí; deme usted un poco de agua.

MARG.—Al momento; espere usted; la traeré del comedor...

Sale.

Inmediatamente el acróbata abre el balcón, calcula la altura de aquel segundo piso, y, sin vacilar, retrocede dentro del salón, toma carrera y brinca al espacio. Allá va semejante á un proyectil; su cuerpo describe, sobre los árboles del jardín, una curva graciosa y cae á la calle, de pie. Luego escapa.

Esta es la historia del mejor salto de Tony-Dower...

EDUARDO ZAMACOIS

DIBUJOS DE ECHEVARRÍA



EL SERVICIO DE CORREOS ALEMÁN



Un correo de campaña en camino

RECORDEMOS aquellos primeros días de la guerra, cuando cruzó por toda Europa un viento cegador de locura. Fueron instantes de aturdimiento, de desconcierto, que rompieron bruscamente todas las costumbres y parecieron retroceder la civilización muchos años.

No fué el aspecto de las Comunicaciones el menos castigado y de los que menos sufrieron aquel torbellino en que la humanidad venía obligada á precipitarse. Después, poco á poco, la vida se fué normalizando, y, á pesar de las horribles hecatombes, á pesar de que los hombres se mataban en la tierra, en el mar y en el aire, las comunicaciones se restablecieron.

Pudieron ser realidades los episodios sentimentales de las cartas leída ó escrita en las trincheras, de la carta que en el hogar, leída con voz temblorosa por el abuelo anciano, arrancaba lágrimas á la esposa abandonada, á los hijos sobre quienes pesa, fatídica, la amenaza de una posible orfandad.

En Alemania, nación preparada, como ninguna otra, para la guerra, no sufrió el correo el más pequeño trastorno. Su funcionamiento estaba previsto de antemano. Como en la

otra guerra de hace cuarenta y cinco años, la movilización postal fué simultánea á la movilización militar.

Y, sin embargo, si se tiene en cuenta que Alemania figura á la cabeza de todas las naciones en el servicio de Correos, con sólo decir que en tiempos normales circulan por correo 10.474 millones de objetos postales al año, y existen 239.168 empleados, distribuidos en 41.192 oficinas, se comprenderá hasta qué punto la guerra vendría á complicar la reorganización del servicio postal, de sangrado, además, en la mayoría de sus empleados.

El primer acuerdo de la movilización de Correos fué la implantación de nuevas oficinas de distribución de correspondencia, á las que se envían los miles de miles de cartas y paquetes postales dirigidos al ejército, depositados en las Administraciones y Estafetas de todas las provincias y pueblos de Alemania.

En estas oficinas se hace el primer apartado ó distribución y se remite la correspondencia, dentro de las sacas precintadas, en automóviles ó por ferrocarril, á las Estafetas auxiliares instaladas en la frontera. De allí se reexpiden á lo largo de los caminos, ocupa-



Distribución de la correspondencia procedente de la Administración militar de campaña



Llegada de las valijas de Correos á la frontera



Un cartero entregando la correspondencia en un pueblo de Francia



Soldados alemanes enviando sus cartas á la familia



Separación de las cartas que llegan con dirección equivocada

dos militarmente, hasta la misma línea de fuego. Cada oficina de distribución tiene perfectamente señalados sus diferentes distritos. Así, pues, la de Berlín recibe los envíos de las Administraciones principales de Berlín, Postdam, Frankfurt, Liegnitz y Stettin.

A esta primera distribución siguen otros apartados. El primero es con arreglo á las distintas armas á que pertenecen los destinatarios. Se forman tantas divisiones como existen en el ejército: caballería, infantería, artillería, ingenieros, etc. El segundo apartado se efectúa en las Estafetas fronterizas y ya se clasifica la correspondencia por regimientos. Y, entonces, llega el tercer apartado ó clasificación para separar la correspondencia dirigida á los oficiales de aquella en que los destinatarios son simples soldados.

Todo envío cuya dirección sea incompleta ó algo confusa, así como los paquetes mal embaldados, se devuelve inmediatamente á las oficinas de origen. En el complicado y exacto mecanismo germánico, no se toleran las ruedecillas defectuosas, ni se puede perder el tiempo corrigiendo malos engranajes.

Para dar idea del aumento extraordinario del servicio postal y de lo que significa el esfuerzo de los empleados de correos alemanes, bastará decir que en la oficina central de Berlín, habilitada expresamente para el servicio de correspondencia dirigida al ejército de operaciones, circularon en un sólo día 363.700 cartas y paquetes.

Al frente de esta organización admirable, está el director general de los Correos del Imperio, Sr. Stephan, que lleva muchos años desempeñando este cargo importantísimo y autor de la frase, clara y concisa, que define el escrupulo-

so cuidado con que los empleados postales deberán tratar la correspondencia: «Debéis considerar cada carta como un niño confiado á vuestro corazón.»

Inspirándose en esta frase, los empleados todos del cuerpo de Correos hacen un verdadero sacerdocio del cumplimiento de su deber y así puede ser considerado aquel servicio como un modelo digno de imitar en el conjunto de su organización y en los detalles, muy especialmente en éstos, por lo que tienden á dar las mayores facilidades al funcionario para el mejor cumplimiento de su difícil y complicada misión y toda suerte de seguridades y de garantías al público; que en otros países, aun contando con la misma buena voluntad, con idénticas dotes de inteligencia y de celo en el personal, no puede lograrse la misma perfección de un modo tan completo, por no atenderse con tan concienzudo cuidado á esos detalles minuciosos de que tanto se preocupan los directores

del servicio alemán, y que tan excelentes frutos viene dando.

El actual servicio postal de campaña se ha organizado con arreglo al reglamento aprobado en 1907. De acuerdo con su articulado, las oficinas de correos quedaron constituidas, el mismo día de la declaración de guerra, en la forma siguiente: Una Administración general, para los cuarteles imperiales; una expedición de campaña, para servir especialmente al mando superior del ejército; otra para cada uno de los cuarteles generales y otras tantas cuantos sean los cuerpos de ejército de infantería, caballería, artillería, etcétera. Todo el personal encargado de servir estas oficinas fijas ambulantes fué movilizado y pertenece al ejército de operaciones.

Idéntica precisión y el mismo celo administrativo presidió en la guerra anterior de los años 1870 y 1871; pero, como es natural, fueron entonces mayores las dificultades y obstáculos que hubieron de vencerse y de mayor importancia los conflictos á resolver. Los procedimientos guerreros eran diferentes y las vigilancias de las rutas mucho más difícil. Los francos tiradores aumentaban los riesgos que sufrían los coches de postas y varios miles de postillones perdieron la vida en cumplimiento de su deber.

Ahora, en cambio, van tranquilos los coches por las rutas que antes cruzaran los ejércitos germánicos y con la misma seguridad recibe el soldado la carta, plena de cariños y dulzuras, del hogar, que recibe la suya esa gentil pueblerina de Spreewald, educada en el culto de sus antepasados los Wenden y á quien esa guerra le sugiere la cándida creencia en los días apocalípticos precursores del Anticristo.



Reparto de la correspondencia en la pintoresca aldea de Spreewald (Berlín) POTS. PARRONDO

JUAN POSTAL



UNA CALLE DE LA COLONIA "BERTA KRUPP", EN ESSEN, COMPUESTA DE CASAS PARA LOS EMPLEADOS DE LA FAMOSA FUNDICIÓN DE CAÑONES

REPARACIONES HISTÓRICAS

CÓMO MURIÓ CÉSAR BORGIA

CON ser el duque de Valentinois un personaje histórico, cuya vida novelesca ha suministrado argumento ó motivo á literatos y artistas para obras conocidas de todos, son contadas las personas, aun entre las más ilustradas, que saben cuándo y de qué forma terminó la existencia de aquel ambicioso, nada vulgar.

Fué en la península Ibérica, y á poca distancia de Mendavia, donde murió, el día 12 de Marzo de 1507, el por tantos motivos famoso César Borgia. Diré cómo, basándome en las obras de Garibay y de otros historiadores españoles y extranjeros, que con detenimiento grande han estudiado este asunto, no exento de interés.

Sabido es que al morir el Papa Alejandro VI, su hijo César se hallaba enfermo, con la misma fiebre maligna que ocasionó el fallecimiento del Pontífice.

Esta coincidencia dió margen á una calumnia, desacreditada, por completo, actualmente: que el padre y el hijo habían bebido la ponzoña que ambos prepararan para el cardenal Adriano. De aquí la frase harto conocida: los escorpiones han sido víctimas del propio veneno.

La enfermedad, muy grave, del duque de Valentinois, fué causa de que no pudiese intervenir á su gusto en la elección del sucesor de Alejandro. Yo había pensado en todo—decía, poco después, Maquiavelo—yo estaba apercibido para combatir cuantas dificultades se presentaran, lo único que no había pensado que pudiera ocurrir es lo que ocurrió: hallarme entre la vida y la muerte, en momentos tan decisivos para mí.

Fortuna, sin embargo, no volvió por completo la espalda á César hasta que, al expirar Pío III, fué elegido Papa Julio II, que empezó su pontificado negándose á vivir en las mismas habitaciones de Alejandro Borgia, porque no quería tener delante de los ojos nada que hubiese pertenecido al odiado español.

Encarcelado el duque, al poco tiempo ofreciósele la libertad á cambio de la Romaña, que estaba en su poder, dejándole la elección de la persona que debía custodiarlo, como garantía de que el Papa, poco de fiar por su pasada conducta, no faltaría á lo que se estipulase.

César designó á un príncipe de la Iglesia, llamado Carvajal.

Era éste tan amigo del prisionero prócer, que en Ostia, donde se encerró con él, brindose á secundarle en todo lo que dispusiera para poder abandonar los Estados Pontificios, apenas se tuviesen noticias de que la Romaña había sido entregada al Pontífice; debiéndose á sus consejos y celo el que César realizara el propósito que abrigaba de refugiarse al lado de Gonzalo de Córdoba.

Cuanto, con tan gran capitán, ocurrió al duque, hasta que tuvo que embarcarse para España, obediendo órdenes de aquí recibidas, no cabe en los estrechos límites de un artículo. Baste decir que huyendo de un peligro vino á caer en otro de semejante índole.

Por la conducta pérfida de Gonzalo—según el dicho de Luis XII, que el escritor De Thou la llama «laudable» y Gregorovius «aplaudida en todo el mundo»—fué enviado César á Chinchilla; más luego, no pareciendo suficientemente seguro, para cárcel de hombre tan audaz, aquel castillo, trasladáronle al de la Mota, donde permaneció hasta fines de Octubre de 1506, fecha en que mientras el alcaide Tapia consultaba á D. Fernando acerca de la mejor forma de vigilar al duque, éste la encontró de abandonar sus prisiones.

La noticia de aquella fuga, cuyos emocionantes detalles son harto conocidos para hablar aquí

de ellos, produjo enorme impresión en Europa: tembló Julio II, púsose en gran cuidado el rey Católico, y el avariento Luis de Orleans se arrepintió de haber confiscado los bienes que el Valentino poseía en Francia. Sólo en la Romaña, muy castigada por la soldadesca pontificia, hubo júbilo grande. Al fin se supo que el

gentil signore
figlio del Pastore

se había refugiado en Navarra, junto al rey, su cuñado, á quien importunaba con repetidas peticiones de dinero, y merced á tal noticia aquellos poderosos de la tierra respiraron tranquilos,



CÉSAR BORGIA
Retrato de autor desconocido

comprendiendo que el león desencadenado no era de temer.

César Borgia escribió al rey Luis y á varios negociantes genoveses que le adeudaban enormes cantidades y sufrió pesar tan enorme al ver la vacuidad de sus esfuerzos para recobrar el oro, reunido á costa de tantos trabajos y crímenes, que estuvo á punto de quitarse la vida, con una de aquellas perlas artificiales que encerraban el misterioso veneno nombrado «cantarella».

En esto ocurrió la cuarta ó quinta sublevación del célebre Luis de Beaumont, conde de Lerín, y el duque, buscando quizá por tan glorioso camino la muerte, pidió á su cuñado un puesto de peligro en el ejército navarro.

Refieren los historiadores que, comenzadas las hostilidades, en Febrero de 1507, el rey y César, después de intentar inútilmente apoderarse de Larraga, cuyo alcaide se condujo con extremado valor, tuvieron que dirigir sus armas contra Viana, de la cual se apoderaron, pero no del castillo, que tenían perfectamente defendido los beamonteses instalados en él.

Cuentan, además, que habiendo decidido los dos cuñados reducir por hambre á los secuaces de D. Luis, éste envió en socorro de los suyos sesenta ginetes, que, aprovechando una lluviosa noche, realizaron su propósito de llevar algunos víveres al castillo.

Venida la aurora, como al volver hacia donde estaba el Condestable ocasionasen aquellos soldados bastante alboroto—según Yanguas, por haber visto en el camino alguna tropa de caballería y creer que eran 500 castellanos que venían á favorecer al de Beaumont—despertóse el duque, y montando, rápidamente, sobre un poderoso corcel, empeñose en perseguirlos.

Corrieron ellos, imaginando muy sensatamente que debían seguir al atrevido guerrero importantes fuerzas y así corriendo el uno detrás de los otros llegaron todos á las cercanías de Mendavia, donde, en un altozano, aguardaban noticias de la expedición el señor de Lerín y muchos de sus partidarios.

No son para descritos el asombro, la vergüenza y la cólera del conde al ver á tantos soldados suyos huyendo de un hombre solo.

Teñido de rojo el semblante encaroce con sus amigos y exclamó:

—Caballeros, ¿no habrá ningún beamontés capaz de dar la cara á ese valiente?

Al oír estas palabras, tres individuos de la escolta condal se adelantaron contra el duque y aprovechándose de que, por ciertos accidentes del terreno, no podía revolverse ni valerse de su gran ánimo ni destreza, le dieron muerte, desnudándole, á continuación, de todas sus ropas, sin tener con él mayor caridad que la de cubrirle, con varias piedras, determinadas partes del cuerpo.

Luego los tres llevaron los despojos de armas y vestiduras al de Lerín, quien á la vista de ellos comprendió que el difunto era persona de calidad.

No tardó mucho en saber su nombre. Al salir de Viana el duque, habíale seguido, entre otros, uno de sus escuderos, llamado Juanicot, el cual, peor montado que César, luego de haberle perdido de vista se había extraviado, buscándole. Prisionero de los beamonteses, dijo aquel hombre lo que ninguno había sabido adivinar. Entonces el Condestable, con mucha pena, «porque mas quisiera coger vivo á César para le presentar al rey Católico», dispuso que Juanicot tornara con los suyos y les participase de qué manera el duque había sido muerto.

Cumplida esta orden, D. Juan de Albret, envió varias personas—gente de paz, casi todas ellas—á fin de que recogiesen el abandonado cadáver, que, envuelto en un capote ó manto rojo, fué conducido inmediatamente á Viana, donde recibió honrosa sepultura en el templo de Santa María. Allí, según se dice, mandó poner el rey éste ó parecido epitafio:

Aquí vace en poca tierra
al que ella más temía,
el que la paz y la guerra
en la su mano tenía.
¡Oh, tu que vas á buscar
cosas dignas de loar,
si has de loar lo más dino
aquí pare tu camino,
no cures de más andar!

Epitafio que desapareció cuando, habiendo dado la gente en decir que todas las noches se oían «aullidos, espantables voces y diabólico extrépito junto á la tumba del Valentino», fueron sacados de la iglesia los restos del duque y enterrados en un lugar tan oculto que no ha podido ser descubierto todavía.

José FERNÁNDEZ AMADOR DE LOS RÍOS

EL ARTE
EN LA ARGENTINA



LA DECORACIÓN DE LA CATEDRAL DE CÓRDOBA



El evangelista San Juan

El evangelista San Mateo

D. EMILIO CARAFFA
Autor de los hermosos óleos que decoran el interior
de la Catedral de Córdoba

EL cronista, deseoso de aunar sus entusiasmos artísticos á los de todos sus compatriotas por la feliz terminación de las obras realizadas en la histórica Catedral de Córdoba, para enriquecer sus muros interiores, une su pluma á las de aquellos concienzudos críticos argentinos que, con unanimidad sincera, han tributado los mejores calificativos y las frases más lisonjeras á los trabajos decorativos allí realizados.

Los soberbios muros se hallaban aún en la forma que los dejaron los *maestros de obras* de los siglos pretéritos; el incienso y los años habían ennegrecido su fábrica; un soplo del arte nuevo, con sus luces y sus tonos brillantes, debía enseñorearse de ellos, completando obra tan esbelta como suntuosa.

Iniciada la idea por el señor Félix T. Garzón, encontró un colaborador entusiasta en el entonces presidente de la República, D. José Figueroa Alcorta. Abierto el oportuno concurso para su realización, obtuvo el premio D. Emilio Caraffa, quien á su fama, consolidada, de artista experto y de cultura vasta y exquisita, unía la de un habilísimo técnico y concienzudo dibujante.

La expectación de la crítica era inmensa ante la idea de cómo resolvería el temperamento artístico de Caraffa el problema de decorar grandes lienzos de muro, en donde hay que vencer dificultades de técnica y de perspectiva.

Como buen artista, dotado de un genio extraordinario y de un amor patrio muy sentido, puso en su obra toda su alma, venciendo tan fuertemente, que la admiración de todos ha sido grande y su nombre puesto á la cabeza de los artistas argentinos.

El cronista copia un párrafo del crítico de *La Voz del Interior*, porque en él se refleja, precisamente, la psicología de la obra de nuestro artista:

«La expresión de un excelente temperamento artístico, de un predominio absoluto de las obras de ornamentación, se revela al primer golpe de vista, pues la armonía resulta en una relación manifiesta entre el estilo arquitectónico de nuestra Metropolitana y el que ha encontrado ahora, después del transcurso de algunos siglos. En efecto, Caraffa ha

procurado, con acierto recomendable, correlacionar esos estilos, y la ornamentación, en conjunto, se amolda tan suave y delicadamente al escenario en que se desarrolla, que el espíritu recibe, sin violencias, sin sacudimientos ni rebeldías, la emoción de la belleza.»

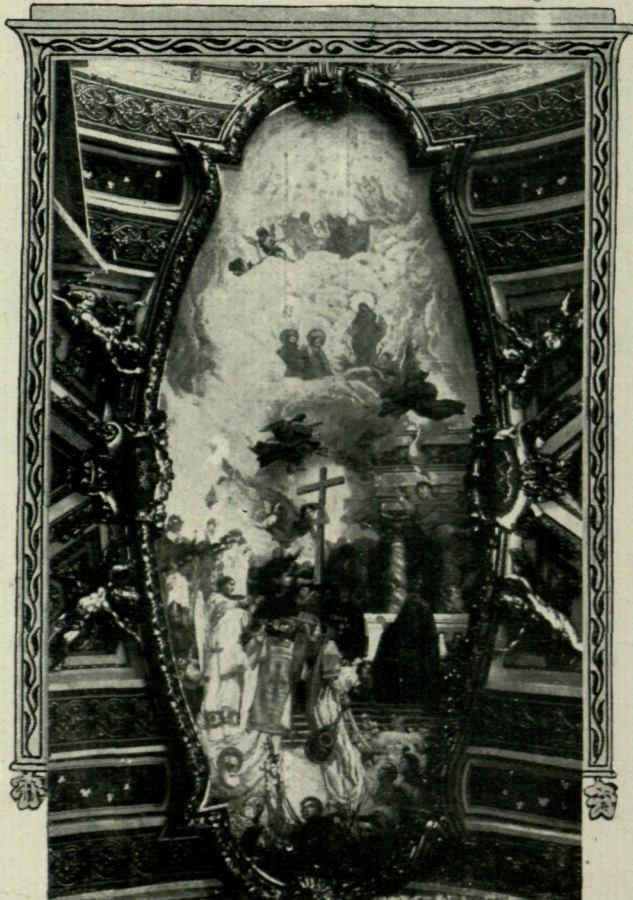
Tres *paneaux* de gran tamaño ha pintado Emilio Caraffa, siendo el mayor y de más vuelos el que lleva por título *La Iglesia triunfante*, y que ocupa el centro de la bóveda de la nave central.

Destácase en su centro la Cruz, símbolo de la Religión, y que aparece como separando el espíritu de la materia, el amor místico en lo humano y la contemplación divina de la eterna verdad.

Y si del examen de su majestuosa composición, de la técnica franca y expresiva allí empleada, pasamos al estudio detallado de cada una de las figuras que la integran, sus actitudes y expresiones son de un acierto rotundo. A la manera de aquel genio del Renacimiento italiano, que colocaba en sus creaciones bíblicas, para los frescos vaticanos, tipos reales que con él compartían sus sensaciones de vida, Caraffa ha dado á muchas de las figuras de sus composiciones místicas las facciones de algunos de sus compatriotas notables.

En la parte inferior de la bóveda, y encerrados en artísticos medallones, aparecen las figuras de los evangelistas San Juan y San Mateo; el primero copia, con exactitud, las facciones correctas, la mística apostura del R. P. Delgado; el segundo, es un vivo retrato del señor Florindo Bimbi.

No es este el lugar de explanar una minuciosa disección de la interesante obra de arte realizada por Emilio Caraffa; limitados á añadir unos ligeros comentarios á las reproducciones gráficas de sus pinturas murales, damos por terminada nuestra misión felicitándole con el entusiasmo que despierta en nuestro corazón argentino un genio nacional que, noblemente, podemos colocar á la altura de los mejores extranjeros, que, en ocasiones varias, han dejado en nuestro privilegiado suelo detalles de su arte exquisito y de su genio creador.



«La Iglesia triunfante», obra decorativa del ilustre pintor
D. Emilio Caraffa

E. MIRALLES

MONUMENTOS ESPAÑOLES

EL MONASTERIO DE SAN BENITO DE BATGES

No son las principales cualidades de este Monasterio la suntuosidad ni la magnificencia. Antes al contrario, todo en él es sobrio, humilde y sencillo; no obstante lo cual, tiene un apacible encanto, tan dulce y tan grato al espíritu, que la estancia en su recinto produce un inefable y místico bienestar. Su situación es muy pintoresca, pues se halla enclavado entre los bellos pueblos de la provincia de Barcelona, llamados San Fructuoso y Navarclés, y muy próximas al convento se deslizan, mansa y suavemente, las aguas del río Llobregat. Por la parte Norte, le rodea una gran cadena de montañas, cubiertas de vides y olivos, frutos ambos que constituyen una de las principales fuentes de riqueza de la próspera tierra catalana. Subiendo la empinada cuesta que conduce al Monasterio, y que en tiempo no lejano se abría entre dos hileras de árboles, que hacían más agradable aún el ascenso, se llega á la entrada del santuario.

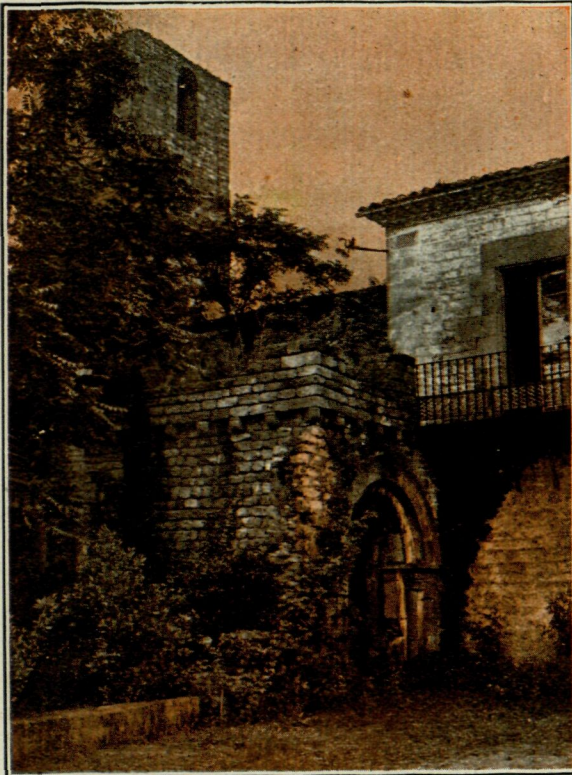
Hállase ésta constituida por un arco de cantería de gran belleza y elegancia y forman la portada del templo unas cuantas cimbras concéntricas, casi derruidas por los siglos. Una de las torres del Monasterio, la más próxima al pórtico que acabamos de reseñar, ostenta en sus cuatro lados unas ventanas de doble arco, y en su parte superior está coronada por una sencilla cúpula de basta mampostería.

En la iglesia se acentúa más aún la nota de vetustez y humildad de todo el Monasterio. Es de reducidas dimensiones y de escasa altura y no se ven en ella, como en la mayoría de sus congéneres, las características columnas, en cuyos capiteles existen casi siempre vestigios del estilo de la época

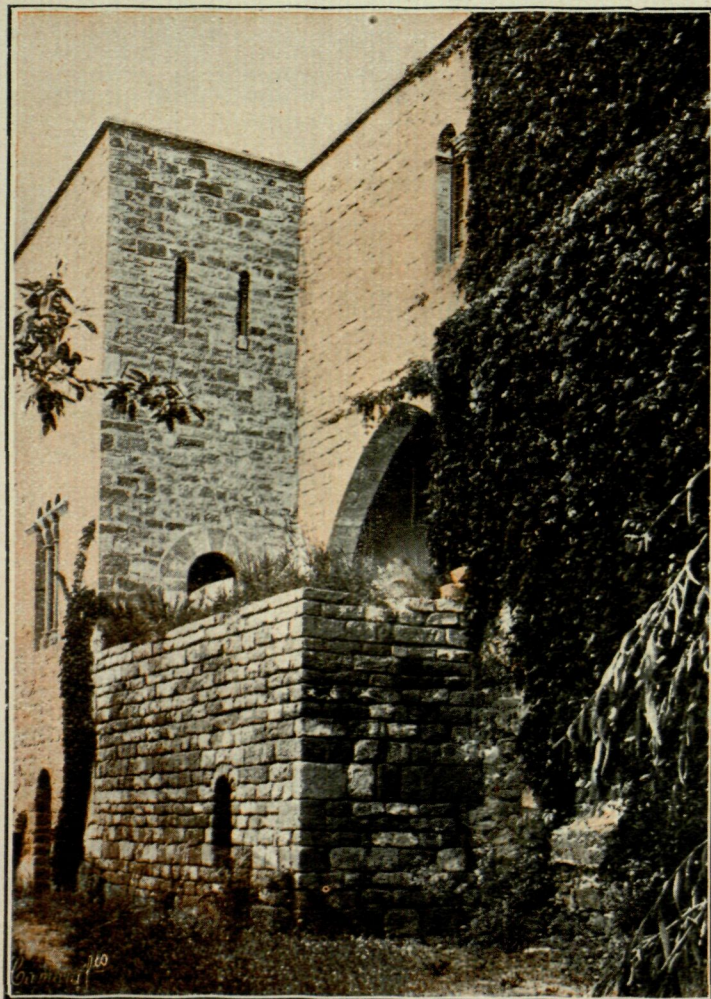
á que pertenecen. Por el contrario, los muros de las naves están exentos de todo adorno. Tal es la parquedad de ornamentación de esta iglesia, que su aspecto es más bien de cripta ó capilla.

El claustro, igual que el templo, es muy pequeño y lo componen unas bajas y reducidas bóvedas, en cuyos espesos muros han sido abiertos algunos nichos guardadores de tumbas, en las que fueron esculpidos los sellos de nobleza de los yacientes. Seis arcos de medio punto constituyen cada uno de los cuatro lados de que se compone el claustro, y en los capiteles de las columnas que los sustentan, puede verse detalles escultóricos de gran mérito y riqueza. En medio de una gran confusión, por lo heterogéneo de la mezcla, pero admirablemente detallada cada una de las figuras esculpidas, se ve en ellos sacerdotes oficiando en ceremonias religiosas, elegantes y bellos follajes artísticamente entrelazados, nobles señores que van de caza escoltados por sus halconeros, luchas de fieras de una emocionante realidad y otras diversas figuras, todas en verdad interesantes.

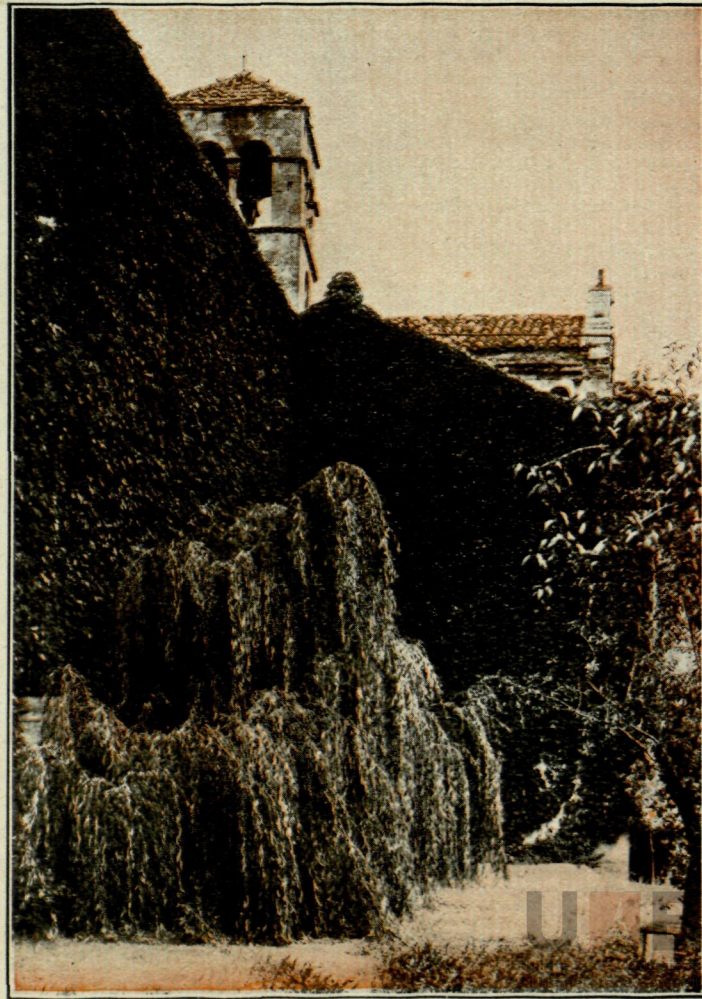
Es de admirar la justeza de proporciones de cada figura. La ejecución, como corresponde á la época en que están hechas las esculturas, es de una tosquedad primitiva. Sin embargo se ve que en su confección puso el artista un cuidado minucioso, pues pueden observarse perfectamente todos los detalles de la indumentaria de las personas como de los arreos de los animales. El caballo en que aparece un señor feudal, especialmente, lleva un enjaezamiento muy bello, que ha sido tratado por el escultor con toda escrupulosidad.



Entrada al Monasterio de San Benito de Batges



Un aspecto del ábside del Monasterio



Vista exterior del Monasterio



Escalinata que conduce á los departamentos superiores del Monasterio de Batges

A raíz de la torre, se guardan las cenizas de los fundadores de este Monasterio, que fueron Ricardis y Salla, primero, y después sus hijos Isarno y Wifredo. Ricardis y Salla comenzó la edificación á mediados del siglo x, y cuando Ricardis sucumbió, encargó á sus ya mencionados hijos que prosiguieran la obra que él no pudo terminar, y Wifredo é Isarno, fieles cumplidores del encargo de su padre, prosiguieron, con gran ardimiento, la tarea hasta verla terminada.

El convento fué puesto bajo la autoridad del Pontífice, con la orden de que todos los abades habían de ser miembros de la familia de los fundadores; pero, á pesar de esto, las polémicas y discordias originadas con este motivo fueron harto frecuentes, hasta el punto de que al morir el primer prelado, llamado Abbo, el monje Adalberto se apoderó vio-

lentamente de la abadía. Más tarde, obtuvo el título de abad del convento de San Esteban de Batges, Ramiro, recto y justo varón, de admirables cualidades y gran ardor religioso.

Los años no han pasado en balde sobre este bello Monasterio, que hoy se encuentra en un deplorable estado ruinoso. Su actual propietario, el notable pintor Ramón Casas, ha llevado á cabo algunas restauraciones, siempre conservando el bello estilo y la sencillez de líneas.

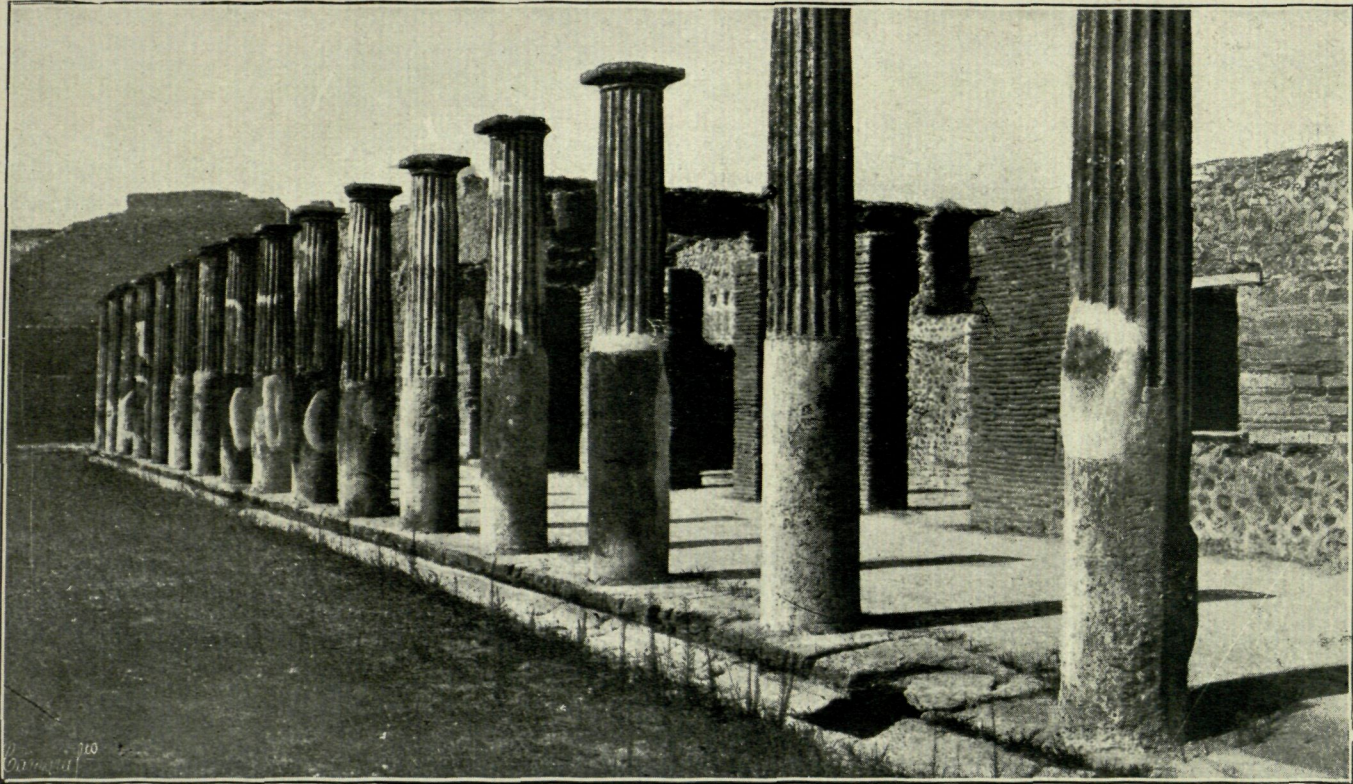
El poético ambiente que se aspira en el recinto de este Monasterio, lugar el más apropiado para las evocaciones de supremo arte, ha sugerido á su actual propietario un bello lienzo que hemos tenido el gusto de admirar y en el que se refleja, con gran exactitud y fidelidad, el misticismo y la placidez del santuario de San Esteban de Batges.



Una vista del claustro del Monasterio de Batges

FO: S. CARCASSONNA Abelardo QUINTANAR

LA RESURRECCIÓN DE POMPEYA



Ruinas del cuartel de los Gladiadores, en Pompeya

CADA día la azada de los exploradores va descarnando nuevas piedras que han estado soterradas muchos siglos. Así Pompeya va resucitando, se va reconstruyendo, y, á través de las ruinas aparecidas, admiramos cómo fué bella y cómo fué única. Las ruinas de la vieja Atenas, las de la antigua Roma, las que hay esparcidas por Egipto, nos dan plena idea de poderío, de guerras, de ambiciones. Las ruinas de Pompeya dijérase que no tienen historia; sonríen; nos hablan de otro sentido, de otra interpretación diferente de la vida, del amor y del placer.

Entre las ruinas de Roma advertís el poderío formidable de los Cónsules y los Emperadores. En la vía que conduce desde el Capitolio al Foro están impresas las huellas que dejaron, al pasar, los carros de triunfo de los conquistadores de todos los países, cuando la dominación romana llegó á alcanzar las fronteras fabulosas que consagraron el esplendor de Augusto.

En cambio, en Pompeya se adivina la vida alegre y apacible, sin los cuidados de la política ni las inquietudes de la guerra. Todas las montañas, todas las ensenadas, todos los bosques, fueron puestos bajo la protección de los más amados y bondadosos dioses. Las playas, hundidas en el mar, recuerdan el paso de Ulises y de Eneas en los barcos floridos que Homero y Virgilio condujeron á través de los mares.

Pompeya, viva, fué la ciudad más rica y floreciente de aquel Mediodía

sonriente, donde siempre refulge el sol entre la mar azul y el cielo sin nubes.

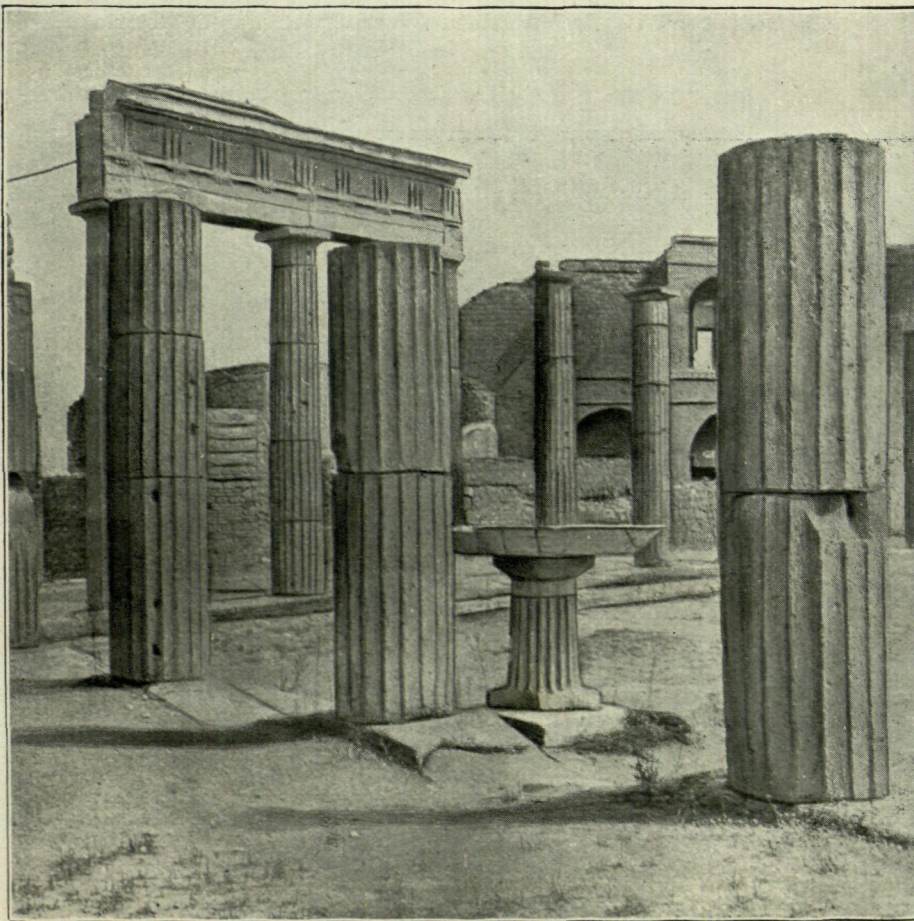
Era la ciudad que se enorgullece de llevar el nombre de Venus, interpretando la vida con la más alegre, serena y tranquila filosofía. Y al cabo de tantos siglos de su muerte, al rea-

parecer hoy, descifrándose el trágico manto negro en que la envolviera el Vesubio exterminador, parece querer sonreír á los que la visitan.

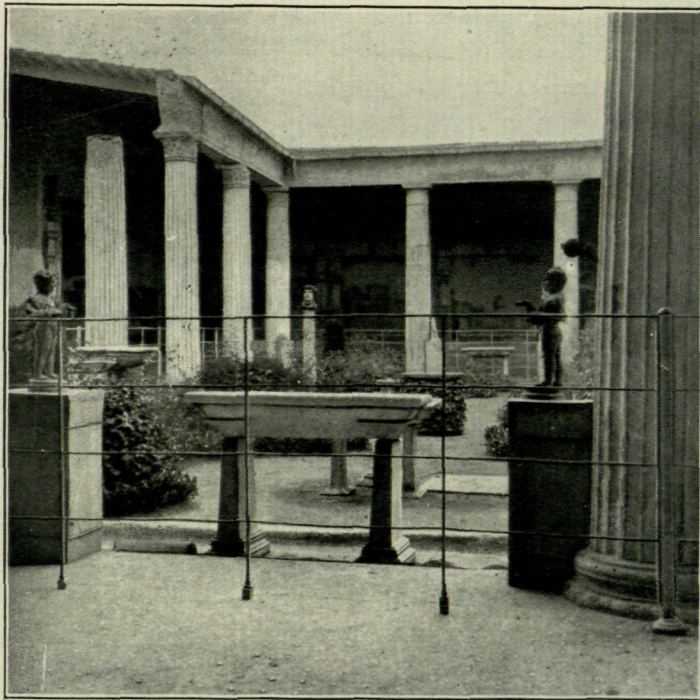
Se esparce su alegría en las casas, en cuyos muros resurgen los frescos admirables de vivos colores y amorosas exaltaciones. Se esparce en las calles, trazadas como en una de nuestras ciudades modernas y cuyas inscripciones y estatuas nos expresan, con una significación clara y profunda, el espíritu de aquella ciudad.

Sólo la mitad de la ciudad ha sido desenterrada. Inició esa empresa, de alta civilización, Carlos III de Borbón, en 1748, y desde entonces, con las intermitencias impuestas por las guerras, por la carencia de dinero, una legión de obreros ha ido arañando cuidadosamente el terreno en que la dulce *Veneria* yacía enterrada. La cruzaban dos grandes vías; una, la vía Cardine, debía dividir á Pompeya en dos partes casi iguales, de Norte á Sur. De Este á Oeste otra gran calle, llamada de Nola, cruzaba la ciudad enteramente. En esta misma orientación otra gran calle ancha cruzaba la Cardine, pero no llegaba á los extremos de la ciudad. Llamábase ésta vía de la Abundancia, y moraba en ella la gente del pueblo. Toda la parte de Pompeya situada al Oeste de esta vía, queda aún por explorar.

En las primeras excavaciones se había desenterrado el magnífico y sugestivo anfiteatro, que marca la extremidad oriental de la ciudad y se ofrecía á la admiración de



El foro del coliseo



La Casa Vettini



Paisaje de Pompeya

las gentes, aislado, como si no formara parte de la ciudad y estuviera bastante lejos del ángulo de sus murallas.

Pero hace poco tiempo, cinco años no más, fué encargado de la dirección de las excavaciones un gran arqueólogo y un gran artista: Vittorio Spinassola, quien se propuso abrir inmediatamente toda la calle que, continuando la llamada de la Abundancia, conducía a los pompeyanos, en caravanas alegres y ruidosas, a los espectáculos del Anfiteatro. Se implantaron además, nuevos procedimientos de excavación, más científicos, más cuidadosos y los resultados han sido admirables. Es ahora cuando puede decirse que Pompeya resucita.

Gracias á estos procedimientos han reaparecido milagrosamente las paredes externas de las casas, con sus frescos: grandiosas imágenes sagradas, escenas de la industria ó de la vida y aun frases y programas electorales, que contaban á los viandantes las luchas minúsculas y la actividad y las pasiones de la ciudad. Se han encontrado, también, infinidad de curiosidades; tiendas llenas con los objetos de su comercio; obras de arte; detalles arquitectónicos nuevos... Y todo ha quedado en su lugar y en su sitio, para acrecentar el ensueño de que la ciudad muerta resucita.

La calle que conducía á los pompeyanos al Anfiteatro era larga y bella, adornada, á un lado y otro, por palacetes y hotelitos, tiendas, almacenes y jardines. Eran sus amplias aceras el paseo habitual de los ricos ciudadanos y las mujeres hermosas. Estas casas antiguas, despojadas de su manto de lava, se muestran llenas de gracia á nuestros ojos encantados. Parece que viven. Viven por los frescos soberbios, de colores armoniosos y brillantes, de que aparecen materialmente cubiertas; viven por sus inscripciones innumerables, grabadas con grandes letras sobre los muros; viven por las muestras de las tiendas, que parecen recién salidas de la fantasía del artista que las pintara...

Y es que el Vesubio no incendió, no hundi6, no arras6 la ciudad. La espantable tragedia debió de ocurrir mansamente, tranquilamente. Como cae una nevada pertinaz y acumula en pocas horas sobre la tierra metros y metros de nieve, así el Vesubio debió de empezar á llover sobre Pompeya ceniza negra y la ciudad fué quedando enterrada, hundida, ahogada, sin ruido, mientras que sus habitantes,

enloquecidos de terror, huirían en todas direcciones é irían cayendo también, hundiéndose y ahogándose en aquella sábana inmensa de cenizas negras que el Vesubio arrojaba sin cesar.

Así, ahora, aparece Pompeya como era, como si no hubiese padecido estrago. Así se encuentran detalles admirables, que han vencido al tiempo; sobre el muro exterior del almacén de un fabricante de fieltro se encuentra un gran fresco, representando la Venus pompeyana; una Venus triunfadora que camina sobre un soberbio carro, arrastrado por cuatro elefantes negros. Su manto no está, como el de otras imágenes semejantes, sembrado de estrellas de oro; se enrolla graciosamente en derredor de su soberbio cuerpo, y su rostro se muestra tranquilo y sonriente. Sobre el carro, un amorcillo alado presenta á la diosa el espejo, adornado de piedras preciosas.

Más allá, encontramos una fuente sencilla y modesta, encuadrada por una hermosa obra de arte. Es el gran fresco de los Doce Dioses. Allí están, desde Hércules á Mercurio, en actitudes soberbias, esperando las oraciones de los viandantes. A un lado se encuentra el altar de los sacrificios, con la ranura para la salida de la sangre de la víctima y...—es preciso verlo—están allí todavía el carbón, medio quemado, y las cenizas de la última ceremonia.

He aquí un muro cubierto de programas y manifiestos electorales. El candidato se llama Lollio. Leed esas palabras: «Ciudadanos, votadle, que es bueno, justo y prudente, que se ocupará en vuestros intereses...» ¿No parece Lollio uno de nuestros vecinos, que aspira á concejal? Pero hay algo más curioso, más nuevo, más progresivo, algo á que en España no hemos llegado todavía. En Pompeya había sufragistas. Las

mujeres se ocupaban en las luchas electorales. El amigo Lollio vió su candidatura apoyada por dos damas, que lucharon valientemente á su lado. Se llamaban Asellina y Smyrine. Ahí está la inscripción:

*Asellina nou sine Smyrine
pro C. Lollio fusco. D. rogant.*

¿No sería admirable saber quiénes fueron estas dos mujeres, que lanzan sus nombres en las turbulencias de una ciudad, donde se amaba sin celos y sin angustias, en la práctica de una sana y tranquila filosofía? Seguramente eran bellas y famosas. En la ciudad de Venus, dos mujeres viejas y feas hubiesen puesto en ridículo al candidato.

Henos aquí en el *Termopolimu*, bien diferente á cuantos se conocían. En el pórtico dos gracias sonríen á los clientes que llegan. Se prueba allí que la sala de entrada era un *bar* de los más modernos, de los que Yanquilandia ha enviado á Europa, y ésta ha recibido como extrema novedad. No hay asientos. Al fondo un mostrador, con sus sitios señalados. Allí se bebían las bebidas frías ó calientes que se sirvieran. Allí están los cacharros, de tierra cocida, que servían para las bebidas frías; allí una caldera de cobre sobre su hornillo, y allí está la cajita con unas cuantas monedas de oro y plata, última venta de aquel día de ruina y de terror, en que los pompeyanos huyeron, enloquecidos, de su ciudad de placeres. Es admirable ver las ánforas que guardaban los vinos; la lámpara, con su figura obscena, que alumbraba la estancia; el vaso opalino, destinado á la esencia preciosa que se vería, gota á gota, en las bebidas, para perfumarlas; los grandes recipientes de cobre; las largas copas diafanas, de extraños reflejos... y estos higos negros apergaminados, casi petrificados por más de veinte siglos.

Ahora se están sembrando hileras de rosales al borde de estos muros. Son rosales como los que aparecen en los frescos. Entre estas flores alegres y rientes será completa la resurrección del pensamiento que vivificó la ciudad del amor. Leed esta inscripción: «Salud para el que ame. ¡Que muera quien no sepa amar! ¡Que muera dos veces quien impida amar!» Así fué feliz Pompeya Y así el mundo se estremeció al saber cómo había muerto. ¡Resonó en todos los oídos la maldición recogida en las páginas hebraicas que hablan de Sodoma!

MÍNIMO ESPAÑOL



«La batalla de Alejandro», mosaico de Pompeya, que se conserva en el Museo Nacional, de Nápoles

LAS GRANDES CIUDADES



LONDRES.—EL TÁMESIS, DE NOCHE
Dibujo de Porta

LA ESFERA
DE LA VIDA MADRILEÑA



LA HORA DEL TÉ EN EL PALACE HOTEL, DE MADRID
Dibujo del natural, por Bartolozzi



"Ifigenia" (Museo de Heidelberg)



"Nanna" (Museo de Karlsruhe)

UN PINTOR DE MUJERES

LA MUSA DE FEUERBACH

Quién es Nanna? La encontráis en el Museo de Stuttgart; en la pinacoteca de Munich, en la Galería de Arte de Karlsruhe. Y luego, adivináis que el admirable símbolo de la Poesía que se conserva en el Museo de Darmstadt, es Nanna también; Nanna, coronado el misterioso rostro con unas sencillas hojas de laurel. En Heidelberg admiráis la expresión del perfil casi escondido de Ifigenia. Apenas se ve sobre el pómulos el trazo de la nariz y de la boca. La línea sutil de las pestañas parecen revelarnos unos ojos que sondean osadamente el más allá, donde los dioses forjan trágicamente el dolor para los humanos. Pero no podeis engañaros; esta Ifigenia es Nanna. En el Museo de Frankfurt encontráis a Virginia. Pocos cuadros os detienen y sujetan como éste... Esta mujer extraña, ¿qué mira? ¿qué palabras, de ira ó de amor, van á estallar en sus labios? ¿qué pensamientos están martilleando en su frente y ensimismando sus ojos? Helena ó latina ó cristiana, su belleza no está en las líneas pronunciadas de su rostro de mujer fuerte, como el de una Venus de Fídias, sino en su pensamiento. Vosotros conocéis en seguida á Virginia. Como las demás mujeres que pintó Feuerbach, es Nanna.

Recordáis entonces, como una evocación de una idea anterior, de la que no os habíais dado cuenta, que la Nanna de la Schackgalerie de Munich es un cotejo, es una parodia, es una imitación de Monna Lisa, la obra admirable del maestro Leonardo de Vinci, y esta Virginia del Museo de Frankfurt es como un avance, como un más allá en el conato de crear toda una galería de estas esfinges modernas.

Recordáis, entonces, que en el contorno, en las manos, en algún detalle del traje quiso Feuerbach que se advirtiera que la Nanna que está en Munich era una imitación, una nueva interpretación, acaso, de la Gioconda que está en el Museo de París. Pero, advertís en seguida la diferencia. Monna Lisa mira plácidamente *hacia fuera*, con sus

ojos, que no son bellos, muy abiertos; Nanna tiene los ojos entornados, mira *hacia adentro*, hacia su propio pensamiento conturbado. En ambos rostros hay la misma serenidad y á la vez la misma expresión incierta de esfinge, pero la Gioconda tiene la felinidad en los labios que sonríen y Nanna la tiene en los ojos, que no sabemos lo que nos quieren decir. La boca de

Nanna está contraída duramente. Sus labios no sonríen, no prometen. Hay en ella más intensidad que en Monna Lisa. Es la verdadera esfinge. Cuando sonríe, cuando hable nos dirá la verdad, nos descifrá el porvenir.

Todas las mujeres de Feuerbach son el misterio hecho carne femenina. No hay en retratos de mujeres nada más expresivo, más lleno de pensamiento, más sugestionador, más sugeridor de ideas, que esos cuatro perfiles de los museos de Heidelberg, Darmstadt, Karlsruhe y Stuttgart, que llegan al supremo arte en Ifigenia, á la que apenas se le ve el rostro. Pero el mismo misterio de una sonrisa que inquietó á Leonardo ante la divina gracia de la Gioconda, inquieta á Feuerbach contemplando á Nanna.

Y si en su primer retrato, en el de la Galería de Munich, la interpreta recordando á Monna Lisa y acentuando su parecido en la postura y el ademán, en la Virginia de Frankfurt se mantiene la misma idea y la misma preocupación, pero libre ya el artista de la sugestión del precursor. En Virginia no hay nada ya que se parezca á la Gioconda, más que el alma.

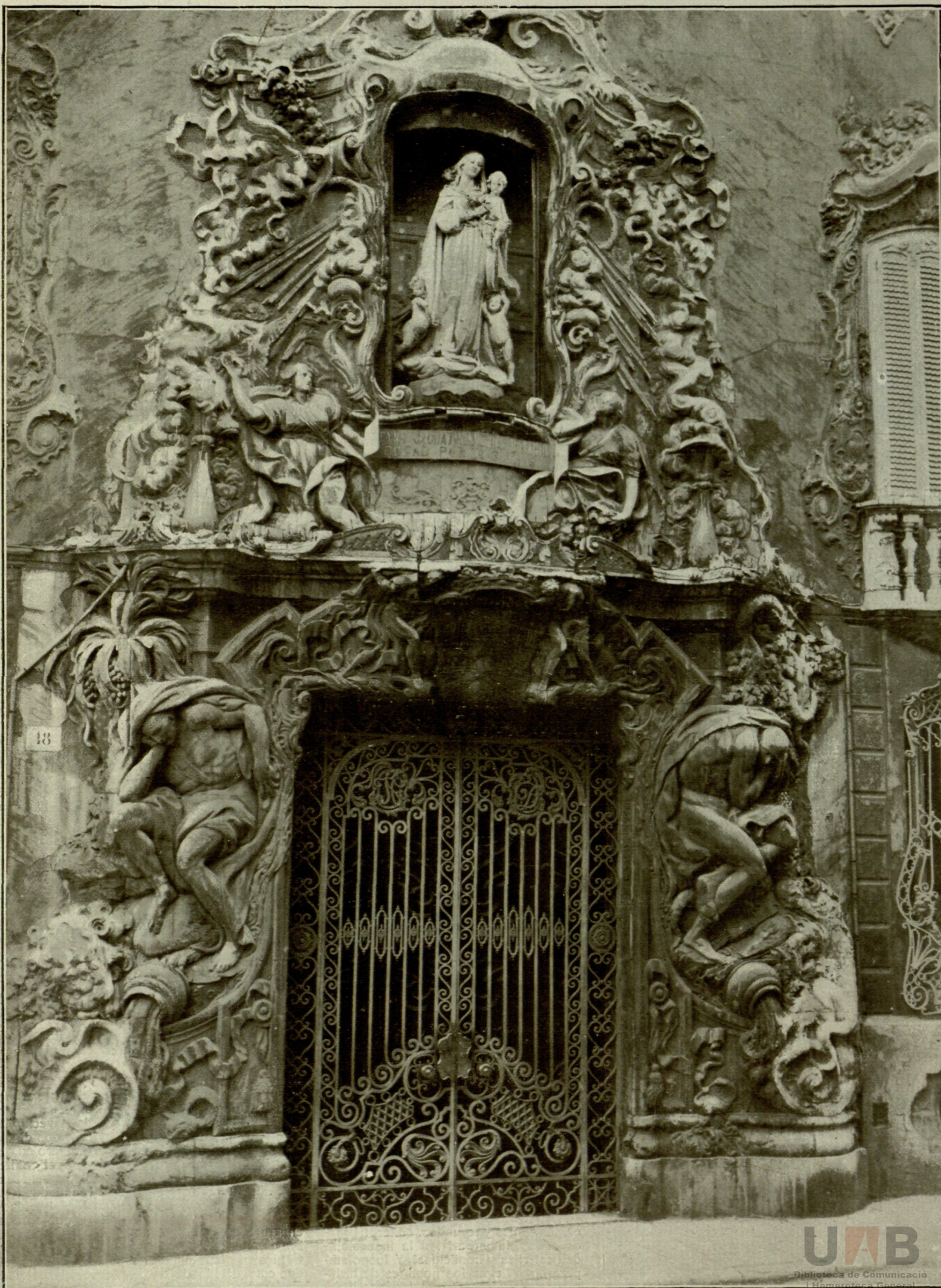
De propósito, sin duda, Feuerbach no pinta una mujer bella, sino una mujer que mira, una mujer que piensa algo que nos preocupa profundamente y que no acertaremos nunca á descifrar.

Os fijáis en el rostro de Virginia y advertís que su rostro es duro; tiene la nariz grande, los pómulos salientes, hundidas las mejillas, estrecha la frente, y los labios prolongados y poco carnosos. Hay, además, en toda esta mujer, en su cuello fuerte, en sus músculos que se marcan en la piel, en sus hombros recios, en su entrecejo ancho, en sus cejas sombrías, una idea de fuerza, de dominio, de serenidad masculina. Y, sin embargo, la mirada de esta mujer nos conturba. Si de carne y hueso la viésemos á nuestro lado, nos estremecería con su preocupación hondamente femenina. Es el mis-



"La poesía" (Museo de Darmstadt)

LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA



PUERTA MONUMENTAL DEL PALACIO DE LA MARQUESA DE DOS AGUAS, Y QUE ES UNA DE LAS JOYAS ARTÍSTICAS MÁS PRECIADAS DE VALENCIA

FOT. FRANCISCO VIVES

DE NORTE A SUR



El ilustre pintor alemán Hugo Vogt, en su estudio

Los artistas y la guerra

Después del Salón de Humoristas franceses, donde la ironía tenía trágicas muecas de agonía, alzaba puños crispados por la cólera, ó parecía agitar la tricolor bandera en el aire, inflamado por las estrofas de la Marsellesa, se ha inaugurado en París otra Exposición, no menos interesante. Y más dolorosa.

Todas las obras presentadas en este Certamen han sido ejecutadas por artistas que pelean por la defensa de su patria y que en los momentos de descanso, con las manos ennegrecidas por la pólvora, modelan estatuillas simbólicas y patrióticas, pintan escenas de trincheras ó llevan al lienzo, como trenos de color y de luz, los países desolados por donde pasó el caballero de la Muerte, de Durero, el jinete negro, de Boecklin, y el jayán desnudo sobre la pesada y monstruosa cabalgadura, imaginado por Frank Stuck.

A veces, debajo de una de estas obras expuestas hay un trozo de crespón negro, enlazado con una cinta tricolor, una fecha y el nombre de una región. El autor de aquella obra no volverá á realizar ninguna otra. Cayó con el cráneo destrozado en el campo de batalla ó se extinguió en un hospital de sangre, en plena juventud, encontradas dentro de él las dos fiebres de la muerte física y del ensueño estético.



M. Poincaré visitando la Exposición de objetos de arte, enviados á París por los pintores y escultores que se hallan en la guerra

Una vez más surge la pregunta inevitable: ¿Deben ir á la guerra los artistas, los escritores, los hombres de ciencia, todos cuantos realizan trabajos de orden intelectual y representan la verdadera aristocracia de su patria?

Se ha comentado el caso de D'Annunzio, cambiando sus arreos de teniente de caballería por su lira de poeta, que nunca debió dejar á un lado. Los escritores de Alemania, de Austria ó los que en las naciones neutrales simpatizan con el militarismo, han intentado burlarse del más grande de los poetas contemporáneos. Se le ha tachado de cobarde, y los lápices de los caricaturistas le han presentado con femeniles sustos y actitudes dengosas.

Nada tan absurdo. D'Annunzio, como Anatolio France, como tantos otros escritores y artistas y hombres de ciencia, no debió nunca vestir el uniforme militar y tomar parte activa en la guerra. Estos hombres cumbres no pueden sustituirse fácilmente. Su vida es más preciosa que la de varios centenares de sus contemporáneos, y la nación que tolera—no digamos si lo exige, porque esto ya es peor—el sacrificio de un artista con la misma indiferencia que ve la inconsciente esclavitud de un gañán, no merece ser grande nunca.

La más alta jerarquía social es la del talento, y al sostenimiento, á la prosperidad de los hombres privilegiados que tienen derecho á formar parte de esa jerarquía, deben tender todos los esfuerzos de una raza.

Claro es que en España, donde existen doce millones de españoles que no saben leer ni escribir; emigran anualmente trescientos veintidos mil; se invierten cada año trescientos cincuenta millones de pesetas en las corridas de toros y se proyecta levantar una estatua á Lagartijo, es inútil plantear problemas como éste de la supremacía intelectual é incluso peligroso asentar afirmaciones como la de eliminar de las movilizaciones en períodos de guerra á los hombres que ya conquistaron ecos gloriosos para sus nombres.

En Francia, la más romántica de cuantas naciones luchan ahora, fueron estos hombres superiores los primeros que se alistaron, ebrios de Marsellesa y de ejemplos heroicos. ¡Cuántas melenas cayeron, para cubrir las cabezas mondas los gorros de uniforme! ¡Cuántos espíritus educados en la sensibilidad, en las emociones sutiles y fecundas, saltaron bruscamente á la barbarie, á la insensibilidad estériles y homicidas! Y luego empezaron á llegar los nombres de artistas, de escritores, de políticos, de hombres de ciencia muertos. Y más aún;



Un soldado alemán, herido en la Argona, dedicando los ocios de su convalecencia á la pintura del paisaje

nombres que todavía no eran conocidos del público y que, sin embargo, ya habían figurado en portadas de libros, en catálogos de exposiciones, en certámenes de academias, en felices experimentos de clínicas y laboratorios.

Y esto es lo irreparable. Doloroso, cruelísimo es que mueran millones de ciudadanos que labraban la tierra, trabajaban en fábricas ó talleres, languidecían en oficinas ó se ganaban la vida en menesteres secundarios y humildes. Pero, al fin y al cabo, eran indocumentados, que podían ser sustituidos por otros. Su segunda misión en la patria era esa: morir por ella, cuando llegase el momento. La de los espíritus superiores es muy distinta: vivir para ella, siempre y más que nunca, en esos instantes de peligro, en que no sólo deben hablar las roncadas voces de los generales y los estampidos de los cañonazos.

Pondremos como ejemplo á los enfermos—por atrofiamiento de las facultades sensoriales—de militarismo, á su ídolo Alemania.

Porque Alemania no es, como creen los germanófilos, una nación de soldados. Es también una nación de intelectuales, que ellos no conocen; porque no es lo mismo leer el relato de la invasión de Bélgica que conocer á los poetas, á los novelistas, á los filósofos, á los artistas admirables de Germania.

Pues bien; comparadas Francia y Alemania, vemos que en el ejército de esta última figuran en un número insignificante los elementos que contribuyen al engrandecimiento estético y científico del Imperio germánico. En cambio, el Kaiser procura enviar á los campos de batalla pintores que luego inmortalicen en el lienzo episodios bélicos. Es el caso de Juan de Hayeck y de Hugo Vogel, por citar, solamente, á dos de los más notables maestros del género. Claro es que no darán estos cuadros, costeados por el gobierno, para el fomento del militarismo, la exacta sensación de horror que vean en la realidad.

Pero tampoco dará esa sensación el soldado pintor que sí la vió y la padeció y que aprovecha su convalecencia para emplear la mano libre en pintar un paisaje plácido, no una escena trágica en que palpita el espanto de la humanidad enloquecida de dolor, de vergüenza y de compasión...

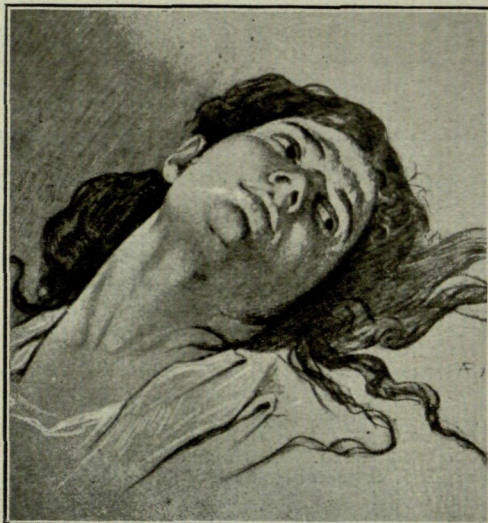
Biblioteca de Comunicación
J. Hemeroteca General
JOSE FRANCÉS



"Melancolía" (Apunte)

¿En qué extraño país encontró Feuerbach su musa? ¿En qué clase social buscó el pintor alemán esta esfinge viva, que le acompaña y le facilita la gloria, sin acertar á crearse una dulce leyenda como la de *Fornarina*, que hace de carne las Vírgenes soñadas por Rafael? No se sabe. Algunos creen ver en estos retratos de Nanna, una mujer arrancada á los peñascales bravíos de Montenegro ó de Novibazar; ó encontrada al azar en una aldea del Cáucaso. Descendiente pura de circasianos tiene en sus ojos inexcrutables todo el misterio del Oriente y en la firmeza viril de sus trazos la promesa de fecundidad de quien es capaz de infundir alma á toda una raza. Así, estas mujeres que pintó Feuerbach serán eternas.

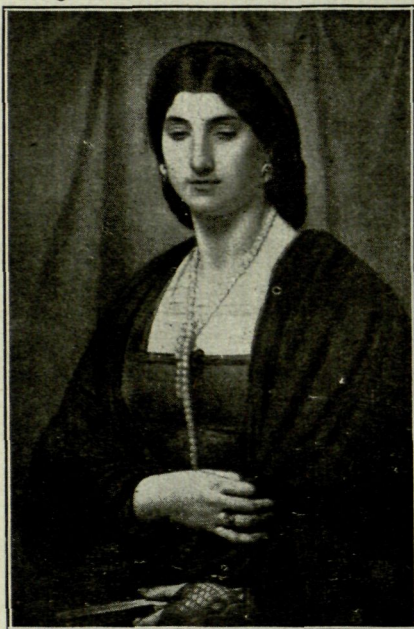
Alguien ha señalado un raro parecido entre Virginia y la actual reina de Italia, de cuna montenegrina. Seguramente en los Balkanes y en el Cáucaso se encontrarán numerosas mujeres parecidas al modelo de Feuerbach. Es allí, en el misterio de esas razas doloridas, que se interponen entre Europa y Asia, donde el raro pintor



"Una amazona" (Apunte)

terio sexual que alienta y palpita en ella. Su mirada es una interrogación al porvenir. La esfinge egipcia no interpreta mejor la preocupación de lo que sucederá fatalmente.

Luego, contemplando estos cuadros diseminados por los museos alemanes, y asociándolos, os produce otra duda la original obra de Feuerbach. ¿Estas mujeres, Nanna, Ifigenia, Virginia, á qué raza pertenecen? No son mujeres alemanas; no son latinas. Todas ellas, más ó menos idealizados los trazos, son una misma mujer. En las Nannas de Munich y Stuttgart, en la Virginia de Frankfurt y en los apuntes ó dibujos *Una amazona* y *Melancolía*, hay un gran respeto al modelo. Así era Nanna, la musa del pintor, la amada de la carne; en la Nanna de Karlsruhe, en la Ifigenia de Heidelberg y en la Poesía de Darmstadt, corrige un poco Feuerbach las líneas de aquel rostro que ilumina una rara expresión de misterio, acercándola á un tipo ideal de belleza, que nos es común á todos los hombres. En estos tres cuadros, se nos ofrece Nanna más bonita; la nariz es más afilada, el óvalo del rostro más perfecto; la boca más carnosa y corta; la frente más alta; el cuello más turgente y blando; es más mujer, más femenina, y, sin embargo, nos impresiona menos.



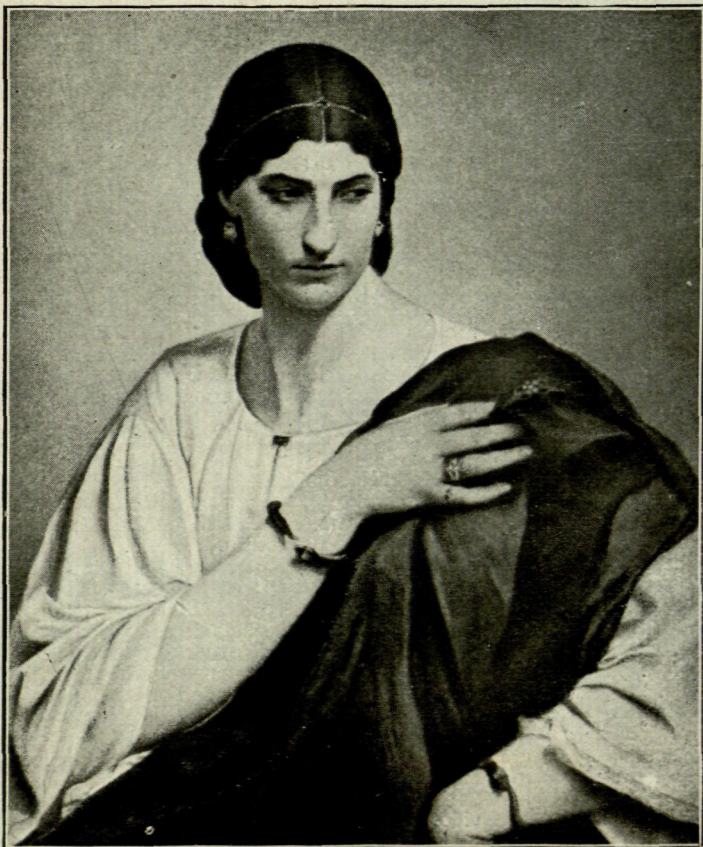
"Nanna" (Pinacoteca de Munich)

encontró la musa de su inspiración y el amor de su vida.

Pero, entonces, si tan intensa trabazón hay entre la pasión del hombre y la obra del artista, que á aquella se le atribuye el origen del gran mérito de ésta, ¿en qué modelo, en qué cariño paternal encontró Feuerbach inspiración para pintar sus niños? Porque, además de ser un admirable pintor de mujeres, este artista alemán trazó innumerables dibujos de niños. ¿Fue ésta una labor preparatoria de un gran cuadro que el artista no llegó á pintar? ¿Acaso, era el saciamento de una pasión, el rendimiento tributado á un cariño íntimo, familiar? ¿Tuvo Nanna, por ventura, un hijo, y este niño que Feuerbach nos traza, disfrazado de amorcillo pagano ó de ángel que nos recuerda las legiones celestes con que Murillo acompaña á sus vírgenes, es el fruto de aquella mirada de misterio?

Sea como fuere, lo indudable es que Feuerbach llega á un alto grado de inspiración. Como Rafael de Urbino, como Murillo, como tantos otros pintores, solo pinta una mujer. Y esta mujer símbolo encarna igualmente las diosas del Olimpo que las vírgenes cristianas.

MÍNIMO ESPAÑOL



"Virginia" (Museo de Frankfurt)



"Nanna" (Museo de Stuttgart)

AUTORES CÉLEBRES

ANTONIO GIL DE ZÁRATE

Aunque como poeta no está á la altura del Duque de Rivas, García Gutiérrez y otros escritores de su época, como autor dramático puede asegurarse que es uno de los primeros del siglo XIX, demostrándose este aserto con decir que aún viven en el repertorio algunas de sus obras; recuerdo, cuando menos, dos de ellas: *Guzmán el Bueno* y *Carlos II, el Hechizado*.

No puede decirse otro tanto de Bretón de los Herreros, ni aun de García Gutiérrez, con ser éstos muy superiores á Gil y Zárate, en lo tocante á la forma sensible de sus producciones; lo que prueba, una vez más, que una cosa es el literato, propiamente dicho, y otra muy distinta el autor dramático, juzgado bajo ese sólo aspecto.

Hay dos clases de autores: unos que complacen solamente al público, mereciendo agrias censuras de la crítica, y otros que merecen, igualmente, la aprobación de la crítica y del público. En algunas de sus obras, especialmente en *Carlos II*, Gil y Zárate es de los primeros. El vulgo indolente cree de buena fe que dicha obra es de propaganda democrática y anticlerical, por figurar en ella, como personaje principalísimo, el Padre Froilán Díaz, que, como es sabido, provoca siempre las iras del público *sano* de la galería.

El P. Froilán es un malvado, no por ser fraile, sino porque lo es, y las maldades que realiza nada tienen que ver con la institución á que pertenece: procedería del mismo modo siendo seglar. Por consecuencia, su conducta, que tanto excita los nervios y la cólera del buen público de escalera arriba, nada prueba contra el estado religioso. Por eso es muy extraño lo que á este propósito dice el marqués de Valmar:

«En la edad madura, aleccionado por las tumultuarias demostraciones que había suscitado su ruidoso drama *Carlos II*, arrepentido y profundamente pesaroso de haberlo compuesto, pidió, siendo subsecretario, á su jefe el Sr. Don Cándido Nocedal, ministro entonces de la Gobernación, que prohibiese en todo el reino la representación de aquella malhadada obra, causa, en todos los teatros, de alborotos y escándalo. El Sr. Nocedal, aunque hubo de comprender el impulso que movía la honrada conciencia de don Antonio Gil, tuvo la cordura de no acceder á sus deseos, dejando la represión, según los casos y las circunstancias, á la acción de los gobernadores.»

Lo que prueba que el ministro veía mucho más claro que el autor de la obra y la consideraba en su verdadero aspecto. A Gil y Zárate le ocurrió, con esta obra, lo que á Tamayo con *Virginia*, cuyas representaciones fueron prohibidas por el mismo autor, que, al hacer una nueva edición, la mutiló despiadadamente. Ambos fueron demócratas en la juventud, se hicieron reaccionarios en la edad madura y, como lógica consecuencia, se arrepintieron de haber escrito lo que era prueba de su cambio de postura. De los arrepentidos dicen que es el reino de los cielos.

Nació D. Antonio Gil y Zárate en el Real Sitio de San Ildefonso, el 1.º de Diciembre de 1793, actuando su padre, el célebre comediante Bernardo Gil, en el teatro de los Sitios Reales. Fué su madre Antonia Zárate, que murió muy joven; su padre contrajo segundas nupcias con la célebre actriz Antera Baus. Bernardo Gil envió á su hijo á un colegio de Pasoy, suburbio entonces de París, cuando el niño contaba ocho años, y cuando, nueve años después, el mozo volvió al hogar paterno, casi había olvidado la lengua castellana.

Como la literatura dramática producía entonces muy poco, Gil y Zárate, antes de empezar á escribir para el teatro, se procuró un destino en Gobernación, con el sueldo de 9.500 reales; lo obtuvo mediante la influencia de Argüelles. Más tarde fué director general y subsecretario en los Ministerios de Comercio, Instrucción y Obras públicas y Gobernación.

Cuando estrenó en el Príncipe su primera comedia *El entremetido* (tres actos), en 1825, contaba veintinueve años de edad y llevaba dos de empleado. Había en aquella época una doble censura teatral: la política y la eclesiástica. Ejercía esta última el tristemente célebre P. Carrillo, del convento de la Victoria, el cual censor amargó la existencia de Gil y Zárate, hasta el punto de tenerle alejado del teatro algunos años. Si los

autores reaccionarios no podían aguantar al tal fraile, ¿qué sucedería con los autores de ideas avanzadas? Pues lo que sucedía con Gil y Zárate. En una autobiografía de este autor se lee lo siguiente:

«Fama ha dejado en este punto el Padre Carrillo, que por muchos años fué azote de los poetas dramáticos. Fraile de excesiva obesidad, de entendimiento boto, mugriento, sucio, todo empolvado de tabaco rapé, cuya mayor delicia consistía en asistir á los reos en capilla y acompañarlos al cadalso, fácil es de conocer de qué modo ejercería este buen Padre su terrible ministerio. No sabemos por qué capricho ó escrúpulo borró al Sr. Bretón, en una de sus comedias, la pala-

ducción de Ventura de la Vega, y el estúpido Padre Carrillo, después de borrarla, escribió en el margen:

«De ningún modo consiento que se aluda á mi Convento.»

No es, pues, extraño que Gil y Zárate escribiese *Carlos II, el Hechizado* en cuanto vió dos dedos de luz, es decir, en cuanto hubo un cambio político favorable á sus ideas. Escribió otras obras, hasta el número de 23, entre traducciones y originales. Las más notables, además de *Carlos II* y *Guzmán el Bueno*, son: *Rodrigo, Blanca de Borbón*, *Don Alvaro de Luna*, *Un monarca y su privado* y *Guillermo Tell*.

En colaboración con D. Antonio García Gutiérrez y D. Miguel Agustín Príncipe, escribió un drama, titulado *Baltasara*, que obtuvo un éxito estimable, ó como si dijéramos, pasó sin pena ni gloria. «La circunstancia de pertenecer mis padres al teatro—dice el propio autor—fué causa de que hiciera varios trabajos para la escena, traduciendo no pocas obras francesas.» Demasiado poco trabajó; Bretón, que empezó un año antes que él, dejó una producción diez veces mayor que la de Gil y Zárate; bien es verdad que, como queda dicho, las brutales intransigencias del P. Carrillo le tuvieron mucho tiempo alejado del teatro.

Además, como siempre disfrutó del presupuesto del Estado, desde elevados empleos, nunca se vió apremiado por la necesidad y pudo mostrarse altivo é independiente ante las intolerables demasías del brutal censor eclesiástico.

Sin ser un águila de la poesía, fué un buen autor dramático, conocedor de la mecánica del oficio, práctico en manejar los resortes de efecto seguro, aunque no siempre de buena ley, y gran piloto para navegar por los agitados mares de la política, que recompensó con usura su labor literaria.

En cuanto tuvo algunos éxitos de resonancia, fué académico de la Española y de San Fernando, empalmando esos honores con un puesto más *positivo* en el Consejo Real. Pero al fin quebró el juego y fué declarado cesante al subir O'Donnell al Poder. Por algo se ha dicho que la política no tiene entrañas. En su autobiografía se lamenta Gil y Zárate de aquel percalce, en los términos siguientes:

«Situación adquirida á costa de tantos años y fatigas, bien merecía ser respetada... Fué eliminado del Consejo de Estado, que reemplazó al Real. Con este desengaño, y demasiado altivo para hacer súplicas y gestiones, que me habían rebajado, pedí mi jubilación.»

«Sesenta y seis años tengo al escribir estos renglones, que acaso me arrancan un resto de vanidad mundana. Bastante vivir ha sido para el mundo. Tiempo es ya de vivir sólo para Dios, y de emplear en obtener su divina misericordia los pocos días que me quedan.»

No tenía razón al quejarse. De liberal y demócrata que fué, en su juventud, pasó á ser moderado, á cuyo partido le ligaban lazos de agradecimiento, según su propio dicho. Siendo esto así, nada más lógico que O'Donnell, enemigo de los moderados, eliminase á un alto empleado hechura de este bando.

Bernardo Gil fué menos práctico que su hijo y, en unión de su compañero Isidoro Maiquez, fué encarcelado, á causa de sus ideas liberales, por Fernando VII, tan pronto como este antipático y odioso monarca entró en Madrid, terminada la guerra de la Independencia.

Sin duda, Gil y Zárate, que en un principio siguió las huellas de su padre, meditó en el resultado positivo que hubo de obtener el autor de sus días, y se *enmendó* á tiempo. Ciertamente su proceder no fué muy airoso, ni muy recomendable; pero, atendiendo á su provecho personal, fué magnífico. Por eso estimo que son impertinentes sus quejas de última hora.

Murió D. Antonio Gil y Zárate el 27 de Enero de 1861, y por más que quiso matar airadamente á *Carlos II, el Hechizado*, el infeliz monarca, á quien dió vida sobre la escena, le ha sobrevivido.

«Los muertos que vos matáis...»

Francisco Flores García



D. ANTONIO GIL DE ZÁRATE

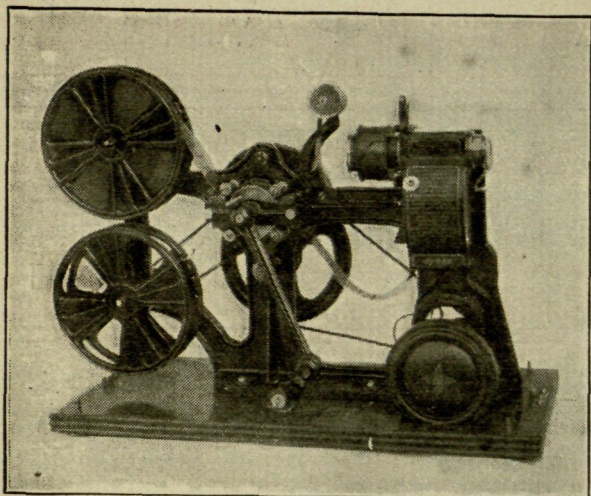
Retrato de D. Federico de Madrazo, grabado por Maura

bra *pobre* en todas partes donde se encontraba. Ni la expresión *ángel mío*, ni la de *yo te adoro*, obtenían jamás cuartel, porque, en su opinión, sólo eran permitidas tratándose de las cosas celestes. En cierta ocasión, quitó, con grande enojo, la frase *abozrezco la victoria*, por creer que se dirigía á su convento; en otra, viendo que, para describir á un médico, se decía:

por donde quiera que pasa
le llaman la extrema-unción,

rayó esta expresión, á su entender sacrilega. Presentósele una tragedia de *Clitemnestra*, y se empeñó en que Orestes no había de matar á su madre. El poeta tuvo por conveniente guardarse la obra y perder su trabajo.»

Lo que no apunta Gil y Zárate, por olvido, sin duda, es que ese fraile imbécil, tan imbécil como mala persona, se permitía *colaborar* con los autores, borrando y añadiendo y *corrigiendo* lo que le venía en gana, y que algunos autores, por el afán de estrenar, se sometían á tan denigrante dictadura. La frase *abozrezco la victoria*, que se cita en las líneas copiadas, estaba en una tra-



CINEMATÓGRAFO KOK

No necesita instalación especial; no exige operador: un niño puede manejarlo sin el menor peligro :: Las películas

son incombustibles :: Puede enchufarse á la instalación de una bombilla eléctrica corriente y puede manejarse á mano.

Agentes exclusivos para España y Portugal: **VILASECA Y LEDESMA** MAYOR, 18 entresuelo

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

EDITADA POR "PRENSA GRÁFICA S. A."

Director: **Francisco Verdugo Landi** Gerente: **Mariano Zavala**

Número suelto: 50 céntimos

Se publica todos los sábados

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA	EXTRANJERO
Un año. . . . 25 pesetas	Un año 40 francos
Seis meses. . . 15 "	Seis meses . . 25 "

ULTRAMAR: REPÚBLICA ARGENTINA

Un año. 25 pesos, moneda nacional
(Dirigirse á los concesionarios exclusivos:
Sres. **ORTIGOSA y COMPAÑÍA**—Rivadavia, 698)

PAGOS ADELANTADOS

Diríjanse pedidos al Sr. Administrador de "Prensa Gráfica", Hermosilla, 57, Madrid ◇ Apartado de Correos 571 ◇ Dirección telegráfica, Telefónica :: y de cable, Grafimun ◇ Teléfono, 968 ::

AVISO

Con el presente número deben recibir los suscriptores y lectores de "La Esfera" un magnífico retrato de S. M. la Reina Doña Victoria, impreso por el novísimo procedimiento de rotograbado.

El precio del número y suplemento no se altera á pesar de los gastos que supone la publicación de éste, vendiéndose, por tanto, á 50 céntimos como de costumbre.

KÁULAK FOTÓGRAFO

ALCALÁ, 4

UAB
MADRID
Hemeroteca General

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA



Lea Ud. los sábados

"NUEVO MUNDO"

30 céntimos número

BIEDMA

FOTÓGRAFO

23, ALCALÁ, 23

Casa de primer orden ☐ Hay ascensor

COMPANY

FOTÓGRAFO

29, FUENCARRAL, 29

Se admiten suscripciones y anuncios para esta revista en la

LIBRERÍA DE SAN MARTÍN

PUERTA DEL SOL, 6 MADRID

Del Amor,

Del Dolor

y

Del Misterio

LIBRO DE POESÍAS

originales de

EMILIO CARRÉRE

4 PESETAS

Pídase á "Prensa Gráfica" Hermosilla, 57, Madrid

Biblioteca de Comunicació